

AARON M. KAHN

Por los caminos de la Mancha: un cuento quijotesco

Traducción

María Álvarez Álvarez

Carla Chacón Alonso

EL QUIJOTE Y SUS INTERPRETACIONES

GREC
GRUPO DE ESTUDIOS
CERVANTINOS



Luna de
Abajo

POR LOS CAMINOS DE LA MANCHA:
UN CUENTO QUIJOTESCO

AARON M. KAHN

Por los caminos de la Mancha: un cuento quijotesco

Traducción

María Álvarez Álvarez y Carla Chacón Alonso

Introducción y edición

María Álvarez Álvarez



El *Quijote* y sus
interpretaciones



Luna de
Abajo

OVIEDO 2021



Universidad de Oviedo



Colección *El Quijote* y sus interpretaciones, n.º 2
DIRECTORES: Emilio Martínez Mata y María Fernández Ferreiro
<http://grec.grupos.uniovi.es/>

© DEL TEXTO: Aaron M. Kahn
© DE LA TRADUCCIÓN: María Álvarez Álvarez y Carla Chacón Alonso
TÍTULO ORIGINAL: *Wandering through La Mancha: A Quixotic Tale*, 2019
INTRODUCCIÓN Y EDICIÓN: María Álvarez Álvarez
COORDINACIÓN: Emilio Martínez Mata

1.ª edición: noviembre 2021
EDITA: Luna de Abajo
<https://www.lunadeabajo.com/>
DISEÑO: Pandiella y Ocio
Edición digital pdf para lectura online y descarga gratuitas
Edición impresa:
DEPÓSITO LEGAL: AS 02553-2021
ISBN: 978-84-86375-47-8

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización del autor y del editor, salvo excepción prevista por la ley.

Índice

	<i>Introducción</i>	9
	<i>Prefacio del autor</i>	15
	<i>Dramatis personae</i>	21
Primer acto	PRIMERA ESCENA	23
	SEGUNDA ESCENA	29
	TERCERA ESCENA	34
Segundo acto	PRIMERA ESCENA	45
	SEGUNDA ESCENA	48
Tercer acto	PRIMERA ESCENA	61
	SEGUNDA ESCENA	72
	TERCERA ESCENA	77

Introducción¹

Desde su primera aparición, el *Quijote* de Miguel de Cervantes ha servido de fuente de inspiración para creadores de todo el mundo. Más allá del inmediato éxito que conoció la novela, y que le valdría a su autor uno de los lugares de honor en la historia de la literatura universal, la obra y sus personajes lograrían alcanzar la inmortalidad y la universalidad a través de reinterpretaciones y adaptaciones en los más diversos ámbitos artísticos: la literatura, por supuesto, pero también la pintura, la música o el cine han recogido y continuado el legado cervantino, enriqueciéndolo, ampliándolo. Entre todos ellos, el teatro ocupa un lugar especialmente relevante, por la calidad alcanzada a menudo y por la abundancia de obras dramáticas que la novela ha inspirado a lo largo de los siglos.

Tomando este hecho como punto de partida, el Grupo de Estudios Cervantinos (GREC) de la Universidad de Oviedo ha establecido como una de sus líneas de investigación el estudio de la recepción del *Quijote* en el ámbito teatral. Una consecuencia de este interés, y muestra de su riqueza y potencial, fue el

¹ Esta edición se ha realizado en el marco del proyecto «Recreaciones teatrales del Quijote (RETEQ)» (Ref: MCI-20-PID2019-111485GB-I00), financiado por la Agencia Estatal de Investigación del Ministerio de Ciencia e Innovación, y ha recibido también financiación de las «Ayudas para grupos de investigación de la Universidad de Oviedo» (Ref.: PAPI-21-GR-2016-0019).

proyecto Q.Theatre–Recreaciones teatrales del *Quijote* en Europa: cofinanciado por el programa Europa Creativa, de la Unión Europea, en él participaron la Università degli Studi di Torino, la Università degli Studi di Firenze, la University of Sussex, la Université Jean Monnet de Saint-Étienne, la Faculdade de Ciências Sociais e Humanas de la Universidade NOVA de Lisboa y la fundación teatral italiana Teatro Piemonte Europa, todas ellas coordinadas desde la Universidad de Oviedo. Su propósito era, precisamente, el estudio de las recreaciones y adaptaciones teatrales del *Quijote* en toda Europa, así como impulsar el acercamiento de las artes escénicas a la novela. Así, desde 2017 y durante más de dos años, hasta noviembre de 2019, se llevó a cabo un amplio número de actividades académicas, divulgativas y artísticas que fomentaron el conocimiento y el estudio de este fenómeno y, además, incentivaron la aparición de nuevas creaciones y aproximaciones a la obra en este ámbito.

Fruto de este esfuerzo colectivo fue la organización de diversos seminarios, encuentros con autores, expertos académicos y profesionales del teatro, numerosas publicaciones, la creación de la colección «Recreaciones Quijotescas en Europa» (de la Società Editrice Fiorentina), actos divulgativos y culturales, o representaciones teatrales en Francia, Inglaterra, España e Italia. La presente obra, *Por los caminos de la Mancha: un cuento quijotesco*, tiene su origen en estas actividades. Fue estrenada en Bourne End (Buckinghamshire, Inglaterra) el 4 de julio de 2019 y publicada por primera vez, en inglés, dentro del volumen *Quijotes en escena*, editado por la Società Editrice Fiorentina. Un nuevo proyecto del GREC, «Recreaciones teatrales del *Quijote*» (RETEQ), permite ahora que sea publicada en español, como parte de la colección «El *Quijote* y sus interpretaciones».

El profesor Aaron M. Kahn, su autor y miembro del equipo investigador del Q.Theatre, quiso involucrarse en el proyecto más allá de lo meramente académico con la puesta en escena de una obra teatral que contuviese y presentase al público actual los que, desde su punto de vista, serían los rasgos más sobresalientes

de la novela original de Cervantes. Como él mismo reconoce en el prefacio que acompaña a la obra, le costó encontrar una pieza que respondiese plenamente a sus intenciones, por lo que se propuso un ambicioso proyecto: escribirla él mismo.

Profesor titular de español en la Universidad de Sussex desde 2008, se licenció en Filología Hispánica en la Universidad de Ohio (EE. UU.) y se doctoró en la Universidad de Oxford con una tesis que estudia la ambigüedad política y dramática de *La Numancia* de Cervantes. Desde entonces no ha dejado de interesarse por temas cervantinos y relacionados con el Siglo de Oro en general. Aficionado, además, a la creación literaria desde joven, el proyecto le ofrecía una oportunidad idónea para escribir su primera obra teatral, con una pieza que refleja sus conocimientos e intereses acerca de la obra de Cervantes. Busca con ella respetar el espíritu de la novela original y, a la vez, atraer y entretener al espectador de hoy día, modernizando ciertos aspectos y trayendo temas y personajes al mundo actual; si en el *Quijote* podemos ver y conocer la sociedad en la que vivió el propio Miguel de Cervantes, Kahn pretende emular la hazaña hablando aquí del mundo contemporáneo, estableciendo puentes entre ambos mundos y demostrando con ello el potencial que aún esconde la obra original. De hecho, los temas de esta y el tratamiento que reciben, así como sus personajes, han sido algunas de las razones que permitieron que la novela se convirtiera en una obra universal que continúa siendo vigente hoy en día. Este es uno de los aspectos que más interesa a Kahn y del que ha querido sacar más partido.

Por los caminos de la Mancha (o *Wandering through La Mancha*, en su versión original) nos ofrece un nuevo acercamiento a las aventuras del pretendido caballero andante, acompañado de su fiel escudero, cómplice y amigo. Ambos deambulan, caminan sin rumbo por los campos manchegos; sin rumbo, pero con un propósito claro, al menos por parte de don Quijote: hacer el bien, enfrentarse a las injusticias de este mundo, aunque ello conlleve la burla de algunos y el ganarse la etiqueta de loco.

Junto a ellos, hacen acto de presencia una serie de personajes provenientes de la primera parte de la novela, que es la que sirve de punto de partida a Aaron Kahn: de ella adapta algunos de los episodios más célebres, a saber, el enfrentamiento de don Quijote con los molinos (con un molino, en esta ocasión), los funerales de Grisóstomo, el yelmo de Mambrino, la liberación de los galeotes, la historia de Cardenio y el encuentro con el canónigo de Toledo, que pasa ahora a ser de Alcalá de Henares, en un guiño de Kahn a los orígenes de Cervantes. A pesar de la aparente sencillez del planteamiento de la obra, su autor se animó a incluir en ella un elemento musical, tres canciones (una en cada acto) que inciden en tres de los momentos y personajes más destacados de la pieza (el funeral de Grisóstomo, Cardenio y Ginés de Pasamonte) y entroncan con la tradición literaria del *Quijote*: las composiciones provienen, de hecho, de una obra teatral inglesa de finales del siglo xvii, la primera parte de *The Comical History of Don Quixote*, de Thomas D'Urfey, que el propio Kahn editó dentro de la ya mencionada colección «Recreaciones Quijotescas en Europa», traducida con la colaboración del profesor Vicente Chacón Carmona. Esta versión es la que reproducimos en el presente volumen.

La ambigüedad de la narración propia de la obra original sobrevive aquí en el personaje del narrador, que se desdobra en tres narradores distintos (uno por cada acto) que nos animan a desconfiar de lo que sabemos o creemos saber y cuya palabra crea la acción que vemos representada: toma el archiconocido inicio de la novela para presentarnos el punto de partida de la pieza y nos acompaña a lo largo de la misma, dirigiéndose directamente al público, con alusiones a la historia del manuscrito hallado con la historia de don Quijote en árabe o a la vida de Miguel de Cervantes, haciendo gala de un sentido del humor que se extiende a toda la pieza, especialmente (aunque no solo) en el personaje de Sancho. Este continúa en la estela de su modelo, desconcertado ante la actitud de su señor y movido esencialmente por el interés y la esperanza de una cuantiosa recompensa que nunca

llega. En esta ocasión, sus intervenciones recuerdan más que nunca a las del gracioso del teatro del Siglo de Oro, comentando irónicamente los sorprendentes sucesos que le toca presenciar y rompiendo la tensión que se crea a veces. En ello le acompaña el personaje de un pastor que presencia con ellos el funeral de Grisóstomo y que, más adelante, defenderá el comportamiento de don Quijote ante sus vecinos, incapaces de comprender la conducta del hidalgo, mucho menos de aceptarla. Ante la carencia de imaginación del cura y el barbero de la aldea, la sobrina del protagonista y el pastor reflexionan sobre la complejidad de la mente humana y la dificultad que supone ser capaz de distinguir lo que es cierto y lo que no, discernir entre locura y lucidez. Frente a los juicios torpes de los dos primeros hacia los actos de don Quijote, se abre ahora un acercamiento más amable y predomina una mayor compasión y ternura hacia su figura, cierta complicidad con su espíritu y sus nobles propósitos.

Dos personajes alegóricos, Ambición y Oportunidad, representan sobre escena los sentimientos que mueven al hidalgo a salir de su casa por primera vez para cumplir con su destino, convirtiéndose en un caballero andante. Ante la descabellada decisión se alza la voz de la sensatez, la de su sobrina, que en esta ocasión tendrá mucha más presencia e importancia que en la novela. Rebautizada significativamente como Esperanza por Kahn, esta se preocupa por el bienestar de su tío y encabezará su búsqueda, acompañada por el padre Pérez y Nicolás, el barbero del pueblo: pasivos, sumisos y cobardes, ambos contrastan con la fuerza, el valor y la autonomía de Esperanza, que se burla de sus vanos intentos de protegerla. En general, los personajes femeninos de la obra cobran en ella un protagonismo absoluto, rivalizando tan solo con el del propio don Quijote. Esperanza, Marcela, Dorotea o Luscinda son decididas e independientes, como reconocen los demás personajes al presenciar sus actos y sus palabras. Kahn toma como punto de partida los propios personajes de Cervantes y los lleva un poco más allá, conectándolos con temas de nuestro ámbito cotidiano: el paradigmático

monólogo de Marcela en defensa de su dignidad y libertad como persona por encima de imposiciones sociales se mantiene prácticamente intacto, y Kahn, consciente de su modernidad, lo pone en relación con movimientos feministas actuales, como el *Me Too*.

También Teresa y Sanchica Panza defienden, entre burlas a Sancho, la autonomía de las mujeres, y las palabras de Dorotea reclaman respeto e independencia. De hecho, la vuelta de tuerca que se da a la historia de Cardenio y compañía es una de las principales novedades que ofrece la obra; la locura de este personaje y la traición de don Fernando siguen presentes, pero la reacción de Luscinda y Dorotea cambia radicalmente: la primera toma la iniciativa y rechaza activamente a don Fernando, que aparece como un personaje ridículo y caprichoso. Para regocijo del espectador, este no solo recibe un puñetazo por parte de Cardenio, sino que ahora Dorotea lo rechaza, y no por simple rencor o despecho, sino porque se da cuenta de que no lo necesita. Don Quijote, que en principio quiere ponerse al servicio de las damas, defenderlas de quienes las injurian, advierte que, en realidad, estas no lo precisan: como él mismo reconoce, son perfectamente capaces de resolver y encarar sus propios problemas. Es su sobrina, de hecho, quien en esta ocasión logra salvar a su tío, convenciéndolo para que vuelva a casa con la historia de un gigante que asola la aldea y del que debe defenderlos.

El regreso al pueblo supone también la vuelta a la realidad, a ser Alonso Quijano, y con ello llega la enfermedad, que provoca la preocupación de sus amigos. Pero, de nuevo, Ambición y Oportunidad hacen acto de presencia y animan al hidalgo, que no se da por vencido. El espíritu del idealista y soñador don Quijote vence y, acompañado por el fiel escudero, que sabe ya que sus ansias de grandeza no tienen mucho fundamento, parte en busca de nuevas aventuras.

MARÍA ÁLVAREZ ÁLVAREZ

Prefacio del autor

La génesis de esta obra tiene sus raíces en el proyecto Q.Theatre – Recreaciones teatrales del *Quijote* en Europa (2017-2019), cofinanciado por el programa Europa Creativa de la Unión Europea. Coordinado por Emilio Martínez Mata y María Fernández Ferreiro, de la Universidad de Oviedo, el proyecto tiene como uno de los objetivos establecidos la difusión de la obra maestra de Miguel de Cervantes (1547-1616) entre el público del siglo XXI a través de la escena, tanto para lectores como para profesionales del teatro. El proyecto incluye producciones teatrales en los respectivos países colaboradores y, mientras buscaba un texto adecuado, tenía ciertos criterios en mente. La obra no solo debería entretener a su público, el objetivo principal de cualquier dramaturgo, sino que, además, me esforcé en encontrar un guion que reflejase la narración ambigua, la sátira social y literaria y la representación de las profundidades de la mente humana que Cervantes mostró en ambas partes de *Don Quijote de la Mancha*, publicadas en 1605 y 1615. Sin embargo, no fui capaz de localizar tal texto y decidí comprometerme con la tarea de crear uno.

Por los caminos de la Mancha: un cuento quijotesco atesora muchas de las características de la novela original mencionadas que la han convertido en el segundo libro más vendido de todos los tiempos. Como cualquier obra literaria significativa que ha sobrevivido al paso del tiempo, contiene temas universalmente

humanos que afectan a los lectores de numerosas generaciones y periodos de tiempo, y esta obra enfatiza estos aspectos, aunque con ciertas modernizaciones y adaptaciones. Creo que lo más importante son las caracterizaciones de los personajes principales: el epónimo don Quijote y su leal escudero Sancho Panza. El primero desafía la convención de principios del siglo xvii del personaje «loco»; es un hidalgo sensato, inteligente y educado, a pesar de estar convencido de su estatus de caballero. Sancho, un analfabeto y aparentemente inculto paleta de pueblo, está medio convencido de que el hombre que elige seguir es realmente un caballero y, mientras tanto, de él brotan proverbios y dichos tradicionales, equivocándose a veces. Juntos, forman un formidable dúo literario y teatral que ha tenido un profundo efecto en la cultura global. Don Quijote reprende a menudo a Sancho por su falta de refinamiento, y Sancho pierde la paciencia mientras su hambre crece y sus oportunidades de recibir las recompensas prometidas disminuyen. Lo que demuestran con mayor prominencia, es, sin embargo, su lealtad mutua, y mi objetivo ha sido crear personajes que evocasen el *pathos* en la audiencia.

La novela de Cervantes contiene una enorme variedad de personajes que muestran todos los atributos de la sociedad española de la época, tanto positivos como negativos, y en esta obra me propuse seguir su ejemplo, particularmente con los personajes femeninos. Mientras que Miguel de Cervantes fue muy adelantado en cuanto a la representación de las mujeres (a menudo me refiero a él como un profeminista) y al funcionamiento interno de la mente humana, sentí que, en la era del movimiento *Me Too* y en una época en la que se ha dedicado mucha atención al estudio y al tratamiento de las enfermedades mentales, ciertos aspectos de la novela que pudieron haber producido un entretenimiento extravagante a principios del siglo xvii no eran necesarios en una producción teatral moderna: Dorotea deja a don Fernando tras la traición de este y Esperanza, la sobrina de don Quijote, un personaje que solo aparece en unos cuantos de los 126 capítulos de la novela (y cuyo nombre he inventado),

convence a su tío para que vuelva a casa a defender su pueblo de un gigante. Situar a un anciano, un hombre confundido con una visión alternativa de la realidad, en una jaula de madera para llevarlo a casa (como ocurre en la novela) parecía demasiado severo para esta versión de los acontecimientos.

Otros personajes adicionales, además de Esperanza, son los personajes alegóricos de Ambición y Oportunidad. Cervantes quiso ser dramaturgo ante todo, tras haber estado cinco años en cautividad en la ciudad norteafricana de Argel (1575-1580). Él reclamó haber sido el primero en representar en el escenario «figuras morales» y los «pensamientos escondidos del alma». Entendido como una exageración por un largo periodo de tiempo, el artículo de E. C. Riley de 1971 sobre el tema destaca que Cervantes crea a Necesidad y Ocasión en la que se considera su primera obra teatral, titulada *Los tratos de Argel*. Estos dos personajes aparecen en el escenario con Aurelio, un prisionero cristiano que contempla las distintas ventajas que un esclavo podría conseguir convirtiéndose al islam; el riesgo, por supuesto, es que esa persona tendría que enfrentarse a la Inquisición si volviese a España y luchar contra su propio sentido de la ética. Necesidad y Ocasión sirven como una externalización de los pensamientos y sentimientos de Aurelio, aunque nunca hay contacto directo entre los personajes alegóricos y los humanos: Aurelio repite las palabras de las figuras morales indicando que representan su conciencia. Toda evidencia sugiere que Cervantes fue, de hecho, la primera persona en crear este tipo de personajes; muchas obras tenían personajes alegóricos, incluyendo los coros al estilo griego, pero nadie hizo esto como Cervantes. Con respecto a la adaptación del personaje literario más famoso del mundo, que experimenta y muestra los infinitos entresijos de la mente humana, he pensado que sería apto continuar con el legado teatral de Cervantes en esta pieza.

Todos los componentes del argumento de esta obra provienen de la primera parte del *Quijote*, que termina con el aspirante a caballero andante a salvo en su casa y habiendo recuperado

su ingenio. La segunda parte, publicada diez años después, comienza con Alonso Quijano convirtiéndose una vez más en don Quijote de la Mancha. Mientras que muchas adaptaciones dramáticas terminan con el final de la segunda parte, con la muerte de don Quijote, sentí que un final más teatral y entretenido podría consistir en nuestro héroe y su leal sirviente, Sancho, partiendo una vez más hacia la Mancha para enmendar errores y buscar valerosas aventuras.

Parte de mi contribución académica al proyecto Q.Theatre es una traducción de la primera parte de *The Comical History of Don Quixote*, originalmente representada y publicada en 1694. Escrita por el afamado dramaturgo y compositor Thomas D'Urfey, la obra contiene numerosas canciones y poemas escritos por el mismo D'Urfey y sus colegas compositores Henry Purcell y John Eccles. He seleccionado tres de estas canciones y las he insertado en esta pieza para añadir musicalidad. Vicente Chacón Carmona remató la traducción al español de la obra, incluida la de las mencionadas canciones.

Esta obra fue representada por los Forum Players en el Centro Comunitario de Bourne End, en el condado de Buckinghamshire (Reino Unido), en tres representaciones, del 4 al 6 de julio de 2019. Asistí la última representación y me designaron el papel del Narrador 3, proporcionándome la experiencia única de recitar mis propias palabras desde el escenario. Me gustaría dar las gracias al elenco y al equipo por su participación y, en particular, reconocer el trabajo de las siguientes personas: Rick Accastello, mi hermano de béisbol que destaca en la actuación y en el diseño de escenarios y gráficos; Karin Wiggins, cantante, actriz y querida amiga, quien estuvo muy implicada en la producción; y Kerry Hudson, presidenta de los Forum Players y la fuerza motriz que hizo que todo esto se llevase a cabo.

Me gustaría también agradecer a mis colegas del proyecto Q.Theatre: Theatrical Recreations of *Don Quixote* in Europe su constante apoyo, así como todos los esfuerzos en sus respectivas tareas, que han contribuido en conjunto para hacer de

este proyecto un gran éxito. Doy las gracias a Emilio Martínez Mata y a María Fernández Ferreiro como coordinadores del proyecto, y a Agapita Jurado Santos, de la Università degli Studi di Firenze, que actuó como editora general de la serie de publicaciones creadas por este proyecto titulado «Recreaciones Quijotescas en Europa».

Doy las gracias a mis colegas de la Universidad de Sussex, que me han apoyado personal y profesionalmente desde que llegué ahí en 2008, y finalmente a mi familia, por su paciencia y amor.

AARON M. KAHN
Oxford, Reino Unido
8 de febrero de 2021

Dramatis personae

DON QUIJOTE DE LA MANCHA, un noble aburrido que cree ser un caballero andante tras haber leído demasiadas novelas de caballería.

SANCHO PANZA, un vecino del pueblo que se convierte en el escudero de don Quijote.

TERESA PANZA, su mujer.

SANCHICA, la hija de ambos.

ESPERANZA, la sobrina de don Quijote, que se preocupa por él y viaja para encontrarlo.

PADRE PÉREZ, el sacerdote del pueblo.

NICOLÁS, el barbero del pueblo.

AMBICIÓN, quien provoca el deseo de don Quijote de seguir su destino.

OPORTUNIDAD, quien convence a don Quijote de que esa es su ocasión para alcanzar la gloria.

PASTOR, con quien don Quijote y Sancho se encuentran durante sus andanzas.

AMBROSIO, pastor y mejor amigo del difunto Grisóstomo.

VARIOS PASTORES, que atienden al funeral de Grisóstomo.

EL CADÁVER DE GRISÓSTOMO, que no interviene.

MARCELA, la bella pastora a la que Ambrosio culpa por la muerte de Grisóstomo.

BARBERO, un cirujano-barbero viajero cuya bacía requisa don Quijote pensando que es el legendario yelmo de Mambrino.

GUARDIA 1 y GUARDIA 2, que vigilan una cadena de esclavos que se dirigen a galeras.

GALEOTE 1, GALEOTE 2 y GALEOTE 3, encadenados entre ellos, que se dirigen a galeras.

GINÉS DE PASAMONTE, galeote y autor de su autobiografía picaresca.

CARDENIO, un enamorado cuya amada fue robada por su amigo.

LUSCINDA, amada de Cardenio, arrebatada a la fuerza.

DON FERNANDO, el traidor amigo de Cardenio, que dejó a su propio amor para robar a Luscinda.

DOROTEA, la prometida de don Fernando, a quien abandonó en cuanto se fijó en Luscinda.

EL CANÓNIGO DE ALCALÁ DE HENARES, un clérigo al que le encanta quemar libros.

NARRADOR 1, NARRADOR 2 y NARRADOR 3, quienes nos cuentan la verdad sobre el tema... o eso parece.

Las canciones provienen de la obra *The Commical History of Don Quijote* (1694), de Thomas D'Urfey, y han sido traducidas al español por Aaron M. Kahn y Vicente Chacón Carmona.

La Mancha, España
Julio de 1589

Primer acto

PRIMERA ESCENA

Entra el NARRADOR 1; DON QUIJOTE en su biblioteca.

NARRADOR 1. En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme, no ha mucho tiempo que vivía un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor; todo ello en una cómoda hacienda, abastecida de pollos y atendida por su sobrina y su ama. El hombre, que rondaba los sesenta años, pasaba sus días de verano en su biblioteca para escapar del rabioso calor del sol y de su relativamente aburrida existencia. Su extensa biblioteca contaba con grandes obras de la Antigüedad, como *La Eneida*, de Virgilio, cuentos y novelas de caballerías como las historias sobre el rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda, o sobre Amadís de Gaula, el gran caballero andante, y finalmente obras de algunos escritores contemporáneos, como Miguel de Cervantes.

Un día de julio, algo le sucedió a Alonso Quijano, o Quisada, o Quijada... nuestro hombre en cuestión. Había leído tantos de sus libros de caballerías favoritos que su cerebro se le debió de secar, o algo parecido, porque pronto fue superado por su ambición de emprender la misma tarea que los grandes caballeros de antaño y, rápidamente, encontró la oportunidad de llevarlo a cabo.

Entran los personajes alegóricos de AMBICIÓN, vestida como un caballero andante, y OPORTUNIDAD, vestida de blanco. Hablan con DON QUIJOTE, pero él

*no les habla directamente, sino que se dirige al público,
como si estuviese hablando consigo mismo.*

AMBICIÓN. Soy vuestra Ambición. ¿Estáis preparado para salir?

DON QUIJOTE. Estoy preparado para salir, pues tengo ambición.

OPORTUNIDAD. Soy la Oportunidad, presentada ante vos por el destino.

DON QUIJOTE. Mi destino en este mundo me ha presentado esta rara oportunidad.

AMBICIÓN. La gloria es vuestra si os atrevéis a perseguirla.

DON QUIJOTE. Tengo la voluntad y la fortaleza para buscar mi gloria.

OPORTUNIDAD. Esta es vuestra oportunidad para vivir para siempre en la memoria de la gente.

DON QUIJOTE. Si la gente me recuerda, viviré eternamente.

AMBICIÓN. ¡Reunid vuestro coraje y buscad vuestra fortuna!

DON QUIJOTE. ¡Me ganaré mi fortuna con arrojo y destreza!

OPORTUNIDAD. Tenéis los medios para cumplir vuestro destino.

DON QUIJOTE. Ya tengo las armas y la armadura. El caballo y el morrión, la espada y la lanza para vencer a mis enemigos.

AMBICIÓN. Venid, mi señor caballero, y convertíos en quien sabéis que debéis ser.

OPORTUNIDAD. Mi compañera, Ambición, hace aumentar vuestras pasiones.

AMBICIÓN. Mi compañera, Oportunidad, os provee de las posibilidades para que vuestra ambición dé su fruto.

OPORTUNIDAD. Hacemos un buen equipo.

AMBICIÓN. Ambición y Oportunidad también pueden ser una combinación peligrosa.

OPORTUNIDAD. Pero son los humanos los que crean el peligro. Nosotras no tenemos la culpa de cualesquiera que sean las acciones de este viejo hombre. ¿No es así?

AMBICIÓN. Es así.

OPORTUNIDAD. Nuestro trabajo aquí ha terminado, amiga.
¡Ahora disfrutemos del espectáculo!

Salen AMBICIÓN y OPORTUNIDAD.

NARRADOR 1. Nuestro hidalgo se ha convencido a sí mismo de que ha sido traído al mundo con el propósito de derrotar a los malvados, rescatar damas en apuros, matar gigantes, enmendar errores y ser un perfecto administrador de justicia. La caballería andante fue su llamada, destinado a vagar por los campos defendiendo la justicia de Dios, con su espada, su lanza, su escudo y su fiel corcel. «¿Y cómo se llama este caballero?», preguntó Alonso Quijado. Como caballero, por supuesto sería un «don». Y todos los famosos caballeros incluyen su lugar de origen en su nombre: Amadís de Gaula, sir Lanzarote del Lago, Amadís de Grecia, etc. ¡Sería ciertamente conocido como don Quijote de la Mancha!

Entra ESPERANZA.

Habiendo anunciado a su ama y a su sobrina su plan de perseguir su llamada, don Quijote acomodó lentamente su vieja armadura a su frágil estructura y, cuando se miró en el espejo para ajustar las correas en su coraza, una luz brillante comenzó a relucir milagrosamente y se hizo unos cuantos centímetros más alto. Admiró su apariencia juvenil y su maravillosa espada hecha del más pulido acero español. A pesar de las lastimeras protestas de su sobrina, a quien le estaba costando comprender (o incluso creer) lo que estaban viendo, don Quijote salió hacia sus establos, donde estaba Rocinante. Don Quijote vio un noble semental ansioso de unirse a la aventura; su sobrina vio una bestia decrepita con miedo a que le pidiesen soportar el peso de su amo otra vez.

ESPERANZA. Por favor, tío, no podéis iros ahora. La Mancha, con el calor del verano, no es lugar por el que estar vagando sin rumbo.

DON QUIJOTE. Que Dios os guarde, hermosa doncella, me voy en busca de mi escudero.

ESPERANZA. Como gustéis. No sé ni por qué me molesto.

Sale ESPERANZA.

NARRADOR 1. Por supuesto, todo caballero andante que se precie debe tener un escudero. (*Entra SANCHO.*) Un poco más allá en el camino, don Quijote se cruzó con un hombre al que ya había visto en misa y alguna vez en el mercado. Un hombre sencillo, más bien de baja estatura, de alrededor de treinta años, con una sorprendente panza redonda para alguien que supuestamente era un jornalero.

DON QUIJOTE. ¡Tú, buen hombre!

SANCHO. ¿Me está hablando a mí, señor Quesote?

DON QUIJOTE. Quijote, mi buen hombre. Soy don Quijote de la Mancha, caballero andante, enmendador de errores, ejecutor de gigantes, y necesito un buen escudero.

SANCHO. ¿Caballero andante, señor... *Donqué?*

DON QUIJOTE. Sí, héroe de la Mancha. Mi destino es vagar por el campo en busca de injusticias por el amor de... de...

NARRADOR 1. Por supuesto, todo caballero tiene una amada a quien dedicar sus victorias. Una dama que le inspire a continuar con tan sacrificada vida...

DON QUIJOTE. ... del más dulce nombre que un hombre pudiese pronunciar: ¡Dulcinea del Toboso!

NARRADOR 1. ... hasta que el propio caballero es premiado con un reino, y su escudero con el gobierno de un ducado, o de alguna nación isleña. (*SANCHO de repente alza su cabeza como reacción a la narración.*)

SANCHO. ¿Yo, gobernador? Pero ¿los gobernadores no deben ser nobles? ¿No necesitan saber leer y escribir? ¿No necesitan bañarse más de una vez al mes?

DON QUIJOTE. ¿Gobernador? ¿Tú? Bueno, es costumbre para un caballero andante, habiendo alcanzado gran fama y fortuna, habiendo matado gigantes y asegurado el castillo de una princesa o un rey, recompensar la lealtad y el servicio de su escudero con un título nobiliario o una concesión de tierras y el señorío de una gran nación. (*Entran TERESA y SANCHICA.*) Al escudero se le ofrecerá entonces una de las damas de la reina para contraer matrimonio, ¡comenzando así su propia dinastía de justicia y verdad!

SANCHO. ¡Oooh! Me gusta esa parte... mi propia *denistía*.

DON QUIJOTE. No, dinastía, mi buen hombre, dinastía.

TERESA. ¿Os vais a la guerra, entonces? ¿Es eso lo que queréis, dejarme aquí, y dejar a vuestra hija Sanchica? ¿Qué vamos a hacer entonces para comer? ¿Quién labrará la tierra? ¿Y qué es eso de que una disentía?

DON QUIJOTE. Dinastía, buena mujer, dinastía. ¡Debes ser consciente de la gran importancia del destino de tu esposo y la necesidad que tengo de que sea mi escudero!

TERESA. Pensad lo que hacéis, esposo. ¿Creéis que es sabio dejar a dos mujeres solas?

SANCHICA. (*A TERESA.*) Pero, madre, ¿de qué sirve que nos proteja? ¿Recordáis cuando aquellos jabalís salvajes invadieron nuestra granja el año pasado? Padre se giró y corrió a la buhardilla y no bajó hasta que vos os deshicisteis de ellos.

TERESA. (*A SANCHICA.*) Solo estoy alimentando su ego, querida. Todos sabemos que nosotras dos somos las que llevamos los pantalones aquí; vuestro padre es más emocional que cualquier mujer. A veces, solo tienes que hacer creer a un hombre que es importante y que no puedes vivir sin él. De lo contrario, no puedes vivir *con* él.

SANCHICA. Sabias palabras, madre.

SANCHO. ¿Qué estáis las dos cacareando?

TERESA. Solo de cuánto deseamos que tengáis éxito en vuestras nobles aventuras, cerdito. (*Dicho en voz baja.*)

DON QUIJOTE. Creo que nunca ganarás esta batalla, Sancho.

SANCHO. Decidme, señor: si un hombre se encuentra solo en un bosque y dice algo, aunque no haya una mujer alrededor para oírlo, ¿sigue estando equivocado?

DON QUIJOTE. Vámonos, Sancho. ¡Tenemos que ser los enmendadores de errores y los defensores de las damas en apuros!

Salen DON QUIJOTE y SANCHO; entra ESPERANZA.

TERESA. Hola, querida. Me temo que se han ido, pero no creo que mi Sancho se vaya por mucho tiempo. Obedece más a su estómago que a ningún otro amo y no me imagino a esos dos bufones alimentándose bien. Les doy tres días.

ESPERANZA. Bueno, ese puede ser el caso de vuestro marido, Teresa, pero mi tío necesitará algo más poderoso. Leer todos esos libros le ha convencido de que es una especie de caballero y me preocupa que pueda hacerse daño. No debería haberle permitido irse de casa.

TERESA. La crisis de la mediana edad, ¿no es cierto? Típica de un hombre de su edad que está tan aburrido de su propia existencia que tiene que crear una nueva. Es bueno para las mujeres que no se haya casado. De todas formas, sé que sois joven, pero las mujeres tenemos que aprender a lidiar con esto. (*Entran el PADRE PÉREZ y NICOLÁS.*) Un día, nosotras estaremos al mando y puede que algo de lógica llegue a este mundo.

ESPERANZA. No puedo confiar en que mi tío se cuide, al menos no en este estado. Tengo que intentar traerle de vuelta. Creo que al sacerdote y al barbero les importa lo suficiente como para ayudarme.

TERESA. Está bien, querida. Lo que creáis que es mejor. Pero tened cuidado con ese sacerdote... manos de pulpo.

Salen todos excepto el NARRADOR 1.



SEGUNDA ESCENA

Una pradera en la Mancha, con molinos al fondo.

Entran DON QUIJOTE y SANCHO.

DON QUIJOTE. Has hecho bien en unirme a mi misión, joven Sancho, pues encontraremos maravillosas aventuras que nos permitirán grabar nuestros nombres en las tablas de piedra de la historia.

SANCHO. ¿Las qué, señor?

DON QUIJOTE. En todo libro de caballerías, Sancho, los caballeros andantes deben luchar por ciertos logros.

SANCHO. ¿Como enmendar errores y salvar damas, señor?

DON QUIJOTE. Sí, Sancho, pero es más que eso. ¿Cuántos libros de caballerías has leído que solo traten de salvar damas?

SANCHO. No sé leer, señor, así que puedo decir que no he leído ninguno.

DON QUIJOTE. Bueno, te lo diré entonces. Un caballero andante siempre debe estar preparado para defender la justicia, incluso si eso significa no comer o no dormir.

NARRADOR 1. A Sancho no le gustó cómo sonaba eso.

DON QUIJOTE. Debe responder ante una fuerza superior, la de Dios. Su comportamiento siempre debe ser cristiano y honorable. Solo debe luchar contra otros caballeros, pues si lucha contra aquellos de un rango inferior y los derrota con facilidad, entonces sería una victoria vacía ante los ojos de la justicia y debería enfrentarse al castigo divino.

Jamás debe atacar a un caballero que esté desarmado, pero tampoco debe tener piedad de uno que está determinado a destruirle.

Verás, Sancho, cualquier tipo de acción militar sin justificación moral resultará en derrota y destrucción de la fuerza invasora. Fíjate en el desastre de la Armada que nuestro buen rey Felipe envió contra esos ingleses horribles y herejes (*ambos escupen*) el año pasado. Debe de haber algo que Dios no le había contado sobre tal empresa. Conuerdo en que fue una sorpresa, después de todo, quién habría pensado que una nación como Inglaterra (*ambos escupen*), llena de piratas, truhanes, putas, herejes y una reina bastarda llamada Isabel, con el más horrible de los climas y esparciendo la sífilis por el mundo, sería capaz de derrotar a la flota más afortunada, nuestra Armada Invencible. Pero quizá sea nuestra soberbia española. Cuando llamas invencible a tu armada, uno se da cuenta rápidamente de que Dios no tiene por qué tener sentido del humor.

Finalmente, el caballero andante no solo defiende la justicia porque es lo que le hace quedar bien ante Dios, sino también ante su amada. Cualquier enemigo derrotado debe ser obligado a buscarla y a rendirle homenaje. Esto demuestra su amor hacia ella. ¿Comprendes, Sancho?

SANCHO. Sí, señor, comprendo. ¿Y quién es su amada, señor?

DON QUIJOTE. Oh, Sancho, esa es una buena pregunta, pero muy ingenua. Pues si sabes quién soy, entonces deberías saber quién es mi amada. Pues su aliento es tan dulce como la miel y sus ojos brillan más que la estrella más deslumbrante del cielo. Ella es Dulcinea, la dama del Toboso.

SANCHO. ¿Dulcinea del Toboso? Conozco el Toboso, señor, pero nunca me he encontrado con la dama que usted describe, ni siquiera he oído hablar de una llamada Dulcinea.

DON QUIJOTE. Bueno, Sancho, creo que ha quedado claro que *tú* no eres la estrella más brillante del firmamento.

SANCHO. Sí, señor. Pero es extraño que no haya oído hablar de tal mujer. ¿En qué parte del Toboso vive, señor?

DON QUIJOTE. Siempre está vestida de la manera más impecable, mi joven Sancho. Solo se viste con las mejores sedas, como corresponde a una mujer de su talla.

SANCHO. ¿Quién es su padre, señor?

DON QUIJOTE. Es la representación de la virtud, la devoción y la castidad.

SANCHO. ¿Se casará con ella, señor?

DON QUIJOTE. ¿Casarme con ella? No seas ridículo, Sancho. Yo nunca me casaré. ¿Cuántos caballeros andantes conoces que se hayan casado? Me he comprometido a vagar la tierra enmendando errores en su nombre. Mi amor por ella está en mi admiración hacia ella y es amor de lejos.

SANCHO. No la ha visto nunca, ¿verdad, señor?

DON QUIJOTE. (*Parándose de repente y mirando atentamente hacia el horizonte.*) ¡Mira, Sancho! Ahí yace, al pie de esta colina, donde el arroyo. Es un gigante, Sancho, que viene a conquistar la Mancha. Esta es mi misión, querido Sancho, y no necesitas acompañarme de aquí en adelante, pues no eres un caballero.

SANCHO. Sí, señor. Pero yo no veo ningún gigante.

DON QUIJOTE. Oh, ¡bestia necia! ¿No lo ves, Sancho? Tiene cinco brazos, cada uno de veinte leguas de largo, balanceándolos listos para destruir a quien se cruce en su camino. Y ahí hay un joven muchacho metiéndose en su boca. ¡Por san Martín! Es tan blanco y puro, pero ahora será devorado por el gigante. No puedo quedarme de brazos cruzados, Sancho. ¡Debo atacar!

SANCHO. Pero, señor, lo único que veo es un molino de viento. Ese es el molinero con su abrigo blanco entrando a su molino.

DON QUIJOTE. Los gigantes pueden devorar una docena de personas al día y no paran de mover sus brazos hasta que han

conquistado la tierra. Hacen polvo los huesos de cualquier bobo que se cruce en su camino.

SANCHO. Ese *gigante*, señor, es más probable que haga polvo el trigo y el grano antes que a cualquier persona.

DON QUIJOTE. Eso es exactamente lo que quiere que pensemos, necio. ¡Pásame mi celada! ¡Tráeme mi lanza! ¡Voy a defender a la Madre Patria de estos monstruos diabólicos!

Sale DON QUIJOTE galopando. Fuera del escenario, continúa gritando, cada vez más lejos.

SANCHO, presenciando el desafortunado ataque, se estremece y cierra los ojos. DON QUIJOTE pide ayuda y seguidamente se escucha el sonido del agua salpicando.

SANCHO corre fuera del escenario y vuelve ayudando a un cojo DON QUIJOTE.

DON QUIJOTE. ¿Has visto eso, Sancho? Le he dado con la lanza en la cabeza, pero la he lanzado tan bien que se ha quedado enganchada en su brazo. Me ha levantado, me ha llevado hacia su boca como para comerme, pero luego me ha escupido. ¡Me atrevería a decir que no le debe de gustar el sabor del coraje y la justicia!

SANCHO. Pero, señor, lo que ha sucedido es que su lanza se ha quedado enganchada en las aspas de ese molino y se ha caído en ese estanque. Por eso está empapado.

DON QUIJOTE. (*Gimiendo de dolor.*) Gracias por tu ayuda, Sancho. Ningún caballero andante habría tenido una vida tan fácil sin su leal escudero.

SANCHO. ¿Vida fácil? No hemos comido desde esta mañana. Si se para y escucha mis tripas, oirá que está comenzando una revuelta.

DON QUIJOTE. Basta de divagar y deja de pensar en lo que engulles.

SANCHO. Ese es el problema, que no engullo nada. Da igual, venga por aquí y busquemos un lugar para que descanse.

Salen DON QUIJOTE, balbuceando, y SANCHO; entra ESPERANZA, delante del PADRE PÉREZ, el sacerdote del pueblo, y NICOLÁS, el barbero del pueblo.

ESPERANZA. (*Molesta.*) Vamos, vosotros dos. No pueden haberse ido muy lejos de casa.

PADRE PÉREZ. Escuchad, hija mía, ¿tenemos que ir a este paso? Necesito tiempo para pensar y contemplar, o no podré escuchar los mandatos de Dios.

NICOLÁS. Sí, Esperanza, Dios nos mostrará el camino si nos paramos a escuchar.

ESPERANZA. Padre, deberíais escuchar más a Dios cuando Ella ordena no comer tanto ni beber tanto vino. No puede hacer ningún bien a la gota que padecéis, aunque haga maravillas para vuestra panza. Quizá por eso necesitáis un descanso tras solo unas horas de caminata. Y vos, barbero Nicolás, no tenéis que hacer siempre lo que diga este hombre. No sé ni por qué me he molestado en traerlos.

PADRE PÉREZ. Bueno, está claro que no podíamos dejar a una joven doncella deambulando por la Mancha ella sola.

NICOLÁS. Protección, Esperanza. Debéis tener protección.

ESPERANZA. ¿Pero qué sois, un dúo cómico? ¿Vuestras mercedes, protegerme a mí? ¡Claro! Bueno, si no pueden dejarme sola, entonces tendrán que continuar, porque no descansaré hasta encontrar a mi tío.

ESPERANZA se marcha, seguida a regañadientes por el PADRE PÉREZ y NICOLÁS.

TERCERA ESCENA

Una pradera.

Entran DON QUIJOTE y SANCHO y un PASTOR.

NARRADOR 1. Esperanza y sus acompañantes no estaban lejos del rastro de su tío y su escudero, pero sus caminos no se cruzaron y dieron por terminada la jornada. A la mañana siguiente, mientras don Quijote y Sancho continuaban con su aventura, se encontraron con una pradera y, en dicha pradera, estaba un joven pastor bajo la sombra de un olivo, descansando del furioso sol. Al oír el estruendo del caballo de don Quijote que se aproximaba y del asno de Sancho, el muchacho miró hacia arriba sorprendido.

PASTOR. Debo de estar soñando.

DON QUIJOTE. Levantaos, joven pastor. ¿No veis que estoy pasando? Debéis dejarme paso.

PASTOR. ¿Puedo preguntar quién es usted?

SANCHO. Este es mi amo, el gran don Quijote de La Mancha.

El PASTOR mira desconcertado.

SANCHO. Es un caballero andante, un enderezador de doncellas, la angustia de la justicia, la injusticia de los pastores.

DON QUIJOTE. No, no, no, Sancho. Déjalo antes de que te haga daño. Soy enmendador de errores y rescato doncellas en apuros. Pero sí, soy un caballero andante, muchacho, ¡y tened cuidado, no vaya a ser que os quite esa mueca de la cara! ¡Vamos en busca de aventuras!

PASTOR. Bueno, si estáis buscando aventuras, señor caballero, entonces estoy seguro de que encontraréis algo interesante si me seguís.

SANCHO. ¿Qué aventura es esta, joven pastor?

PASTOR. Hoy es el funeral de Grisóstomo, un amigo pastor que ha dejado este mundo por culpa de un corazón roto.

DON QUIJOTE. Ah, era un hombre apasionado, ¿no es cierto? Contadme cómo su corazón dejó de bombear.

PASTOR. Grisóstomo era una joya entre los hombres. Inteligente, amable, atlético y un poeta y artista realizado, y sí, muy atractivo. Cuando terminó sus estudios en Salamanca, se unió a nosotros en la pastoría para dedicar su tiempo a la naturaleza y a la poesía... Por supuesto, también estaba seguro de que sería quien conquistase a Marcela.

SANCHO. Esa *Marzola* debe de ser algo digno de contemplar.

PASTOR. Marcela, mi buen hombre. Marcela es su nombre y tiene un rostro que podría inspirar poemas épicos. Su belleza es bien conocida si os movéis en círculos de pastores, e incluso más allá. Y no olvidemos que también tiene buena dote.

SANCHO. (*Interesándose más.*) Ya veo. Pero como el poeta dijo una vez, no es oro todo lo que reluce.

DON QUIJOTE. Bien dicho, amigo Sancho. Pero deja, por favor, tus tonterías y deja hablar a este muchacho. Contadnos más sobre Marcela.

PASTOR. Tened cuidado con pronunciar su nombre por aquí, pues ella es la causa de todo lo que presenciaremos hoy. Y hay muchos que querrían verla pagar por la muerte de Grisóstomo, sobre todo el mejor de sus amigos, Ambrosio. Él dirigirá los eventos de hoy. (*Ríe un poco.*)

DON QUIJOTE. ¿Por qué os reís, joven? ¿No tenéis respeto por los muertos? ¿No compartís la misma ira hacia esta mujer que decís que los otros sienten? ¿No culpáis a Marcela?

PASTOR. Mirad, señor Andante, o lo que quiera que seáis: yo solo estoy aquí para ver el espectáculo. Con un poco de suerte, Marcela aparecerá, lo que me ofrece dos posibilidades para disfrutar. Primero, porque puede que todo estalle y adoro presenciar una buena trifulca, especialmente si no tiene que

ver conmigo. En segundo lugar, si Grisóstomo era atractivo, ¡esperad a ver a Marcela! ¡Madre mía! Tengo que volver a verla, aunque tenga que admirarla desde lejos.

DON QUIJOTE. Admirar desde lejos es una noble manera en la que honrar el amor por una dama. Como nos enseñó Platón, la forma más pura del amor implica amar la belleza por la belleza.

PASTOR. ¿Queréis decir sin tocarla? Decidme, señor Andante, estoy seguro de que vos tenéis una amada, ¿no? He desperdiciado demasiados días leyendo esas historias: el rey Arturo, Amadís de Gaula... tonterías, si os interesa mi opinión.

DON QUIJOTE. No son ninguna tontería, son relatos justos y verdaderos del pasado.

PASTOR. Lo que no entiendo sobre los caballeros andantes es que siempre invocan a su amada antes de ir a la batalla y no se encomiendan a Dios. Siempre me ha molestado un poco. Seguramente, no *todos* necesitan tener un interés romántico.

SANCHO. Ya empezamos...

DON QUIJOTE. (*Agitándose.*) Escuchad, muchacho. Debo deciros que mi amada, la inigualable Dulcinea del Toboso, posee una belleza tan poderosa que, si no la invoco, mis probabilidades de tener éxito en la batalla se reducen enormemente. Todos los caballeros famosos han tenido una amada. Es tan natural para un caballero andante tener una amada como para el cielo tener estrellas. No tengo ninguna duda de que cualquier hombre que dice ser un caballero andante sin estar completamente enamorado de una verdadera y virtuosa dama no es un caballero legítimo, ¡sino un bastardo! No podría haber entrado al sagrado fuerte de la caballería andante a través de sus abiertas y acogedoras puertas, ¡lo habría hecho escalando los muros y colándose por arriba!

PASTOR. Todo eso está muy bien, pero si recuerdo correctamente, Galaor, hermano del valiente Amadís de Gaula, nunca tuvo una dama a la que dedicar sus aventuras. También fue un

caballero famoso y muy valiente y nadie pensaba que fuese menos que el resto.

DON QUIJOTE. (*Dudando y un poco avergonzado.*) Bueno... una golondrina no hace verano, amigo mío. Y sé de primera mano que este caballero en concreto estaba enamorado en secreto de una mujer de buena familia.

PASTOR. Ah, ¿sí? Bueno... (*El PASTOR es interrumpido por el sonido de un cuerno.*) Están viniendo. Eso es el funeral.

Entran AMBROSIO y los PASTORES, de negro.

NARRADOR 1. Desde las praderas hacia las orillas del pequeño arroyo en el que se encontraban don Quijote, Sancho y el pastor, llegó un grupo de veinte pastores, vestidos de negro, para llorar la muerte del recién fallecido, al que llevaban en una cama cubierta de flores.

SANCHO. ¿Por qué es aquí el funeral? Este es un lugar extraño para enterrar a un muerto. ¿Qué problema hay con el cementerio?

NARRADOR 1. Estos son los amigos de Grisóstomo, que vienen a llorar su muerte, y les guía el mejor de sus amigos, Ambrosio.

AMBROSIO. (*Sollozando.*) Yo, el mejor de los amigos de Grisóstomo, me he encargado de asegurarme de que sus últimos deseos se cumplan. Pues fue aquí, cerca de este arroyo, donde vio a Marcela por primera vez, ese cruel demonio, ese enemigo mortal de la humanidad, quien, cuando él le ofreció su corazón, lo cogió, lo retorció, lo hizo pedazos y probablemente se comió un pedazo. ¿¡Qué más se podría esperar de tal bárbara!? ¡Él le declaró su amor tan pura y honestamente que, cuando ella no le correspondió, no pudo seguir viviendo! (*Solloza aún más.*)

AMBROSIO se da cuenta de la presencia de DON QUIJOTE y SANCHO; por un momento deja de llorar y los mira con asombro.

DON QUIJOTE. Debe de haber sido un valiente caballero. Pobre hombre.

SANCHO. Para mí no tiene ningún sentido que un hombre muera por una mujer. Está claro que no conoció a Teresa Panza.

AMBROSIO. Este caparazón vacío que hoy nos contempla con ojos tristes, amigos míos, fue el depósito de un alma a la cual el cielo dotó de infinitas cualidades, de amabilidad, inteligencia y gentileza. Amó y fue reprendido. Adoró y fue engañado. Rogó y fue rechazado. Llegó de Salamanca y pudo haber debatido sobre leyes con un juez, pudo haber tratado de religión con el papa y pudo haber escrito poesía mejor que el mismísimo Homero. Ahora, encomendamos los restos carnales de este santo hombre a las entrañas de la Tierra, para que su alma pueda ascender al cielo.

SANCHO. (*Ignorado por el resto.*) Pero esto no es tierra sagrada. Lo estáis enterrando como un pagano.

AMBROSIO. Venid, hermanos, debemos honrar a nuestro amigo con una canción.

*AMBROSIO y otros PASTORES cantan, SANCHO se une.
Mientras la canción comienza, entra MARCELA y solo
DON QUIJOTE se da cuenta de su presencia.*

CANCIÓN

I.

El joven Grisóstomo virtud y juicio tenía,
y por su fama y gracia varonil se le conoció.
Mas, ¡ay qué dolor! Nadie lo defendía y la cara de Marcela lo
mató.

Su amor, hacía mucho que raíces había echado,
y en la fría cama de la duda se acostaba.
Pero ella no lo cultivó y lo hizo desdichado,
mientras la bella planta sin remedio se marchitaba.

II.

Si la falsa Marcela un alma hubiera tenido
la mitad de bella que su mirada,
su juicio habría contenido y cuando tuvo amor no valoró nada.
Pero la providencia infirió hermosura,
en un cuerpo harto encantador,
y solo se ocupó por las hechuras,
y nunca pensó en el interior.

ENDECHA

Duerme, duerme en paz, joven desdichado,
aliviado del amor, no hay asunto mortal para pensar.
Aquí, enfermos de vida, languidecemos a este lado,
malditos y sin saber hacia dónde tirar.
Refugiado en la oscura y silenciosa tumba,
ya no temas la desgracia del destino;
el poder del tirano no es algo que te incumba,
y la belleza desdeñosa jamás será tu sino.

Las guerras, que son dañinas tormentas y abundantes,
de ellas, lejos de tu feliz mansión, te puedes reír;
los terremotos que durmiendo te mecían antes,
ni tu sueño más profundo podrán ya destruir.
Con todo el encanto que la paz puede otorgar,
a salvo del dolor y de las penas de la vida
duerme y date el gusto de descansar,
y no sueñes con levantarte, que el viaje es solo de ida.

CORO

Ya pasó tu temor de la duda futura,
el sol se salió de la esfera.
La arena está hundida, el cristal ya no dura,
el disparate de la farsa ya es quimera.

DON QUIJOTE. ¿Qué hermosa visión es esta? (*Todos miran silenciosamente a MARCELA.*)

AMBROSIO. Esa, señor caballero, es Marcela. ¿Cómo se atreve esa vil asesina a aparecer por aquí en este momento de tristeza, tristeza que ella misma ha causado!?

PASTOR. (*A SANCHO.*) ¡Esto se va a poner bueno!

AMBROSIO. ¡Idos, horrible, horrible seductora! ¡Basilisco de lengua viperina! ¿No nos habéis hecho suficiente daño ya? El pobre Grisóstomo solo os amaba y lo llevasteis a la tumba. Habéis venido igual que Nerón a ver Roma arder, pero en lugar de con una lira, vos jugáis con los sentimientos de los hombres.

MARCELA. Buenos pastores, queridos amigos... Ambrosio. No vengo aquí por las razones que habéis mencionado, sino para aclarar las cosas. Tengo que conseguir que todos los que me conocen a mí y a Grisóstomo entiendan que no ha sido culpa mía.

AMBROSIO. ¿No aceptáis ningún tipo de culpa?

MARCELA. Ninguna. Ni siquiera siento mucho su fallecimiento. Apenas conocía a ese hombre y, en vida, su atención hacia mí fue más un castigo que una bendición.

AMBROSIO. ¡Vuestro mordisco es más fuerte y certero que el de cualquier cocodrilo! ¡Lo aplastáis todo a vuestro paso como un elefante!

PASTOR. (*A SANCHO.*) ¿Sabéis cuál es la diferencia entre un elefante y una cama?

SANCHO. (*Al PASTOR.*) Que el elefante es paquidermo, y la cama *pa qui duermas*.

AMBROSIO. Nunca ha vagado por los desiertos de África un tigre tan cruel, os lo aseguro.

MARCELA. Necio, no hay tigres en África y tampoco viven en el desierto.

AMBROSIO. Así que negáis toda responsabilidad, ¿no es cierto? Los dioses, el día que nacisteis, bajaron desde lo alto para regalaros una belleza incomparable.

DON QUIJOTE. (*Habla, pero nadie le presta atención.*) Es obvio que no habéis conocido a la dama Dulcinea del Toboso.

AMBROSIO. Os pidió matrimonio. Grisóstomo os amaba y lo seguiría haciendo por el resto de su vida.

SANCHO. Lo hizo.

MARCELA. Prestadme atención, todos vosotros. Admito que todos los que me han conocido han comentado mi belleza, pero yo no pedí ser bella ante los ojos de los hombres (y de algunas mujeres...). No le hice una petición a Dios, no recé, rogándole a Ella por esta atracción externa. Mi belleza es como la hoja finamente pulida de una espada toledana; desde la distancia, reluciente, puede parecer hermosa y gentil, pero cuando os acerquéis a tocarme, os cortaréis. Cualquiera que me ha amado desde la distancia ha sido decepcionado por mis palabras.

Soy una mujer libre. Nací libre y tomé la libre decisión de vivir mis días como una pastora, disfrutando del aire y la luz del sol. He elegido no casarme y os aseguro que no pedí nunca la atención que Grisóstomo me prestaba.

AMBROSIO. ¿Así que no sentís lástima?

MARCELA. La lástima es hija del amor y nunca he amado a ningún hombre, ni he deseado a nadie de vuestro sexo. Habéis hablado de un regalo de Dios el día en que nací, mi belleza. En ese mismo día, Dios eligió llevarse a mi madre lejos de mí al lugar al que ahora llega Grisóstomo. Mi padre también murió y, aunque es bien sabido que me dejó una gran fortuna, no la quiero. ¡Lo que quiero es a mis padres de vuelta!

Así que, todos vosotros que pensáis que solo porque me consideráis bella tengo la obligación de corresponderos, tened cuidado con la hoja que reluce. No me juzguéis, ya que no me conocéis. Grisóstomo no me conocía y, aun así, decía

amarme. ¡Bobadas! Murió por impaciente y, aunque puedo sentir compasión por alguien que no es correspondido en el amor —pues a menudo no podemos controlar de quién nos enamoramos—, no siento pena por él. Le maldigo por esta rabia que habéis depositado sobre mí.

Me voy. No obedeceré a ningún hombre. No me arrodillaré ante los deseos de ningún hombre, a no ser que sean también los míos. He dicho lo que había venido a decir y estoy en paz.

AMBROSIO. (*Furioso.*) ¡Tengo derecho a la satisfacción!

MARCELA. ¡*Me Too!* ¡Yo también!

Sale Marcela, con SANCHO y el PASTOR aplaudiendo.

AMBROSIO. (*Aún furioso.*) ¿Habéis oído la insolencia de esta mujer, amigos míos, compañeros de Grisóstomo? No debería ver el sol salir ni una vez más.

AMBROSIO y sus compañeros se mueven para seguir a MARCELA, pero DON QUIJOTE saca su espada y se pone en su camino.

DON QUIJOTE. Ningún hombre, sin importar su estado de ira o desilusión, debería intentar seguir a Marcela, mucho menos hacerle daño, o se enfrentará a la furia de mi sagrada causa. (*SANCHO saca su espada y el PASTOR levanta su cayado y se colocan al lado de DON QUIJOTE.*) Ella ha demostrado claramente y con sofisticados argumentos el motivo por el cual no tiene ninguna culpa de la muerte de Grisóstomo. Juro por el honor de mi amada, Dulcinea del Toboso, que ningún hombre pasará por encima de mí. Dudo que necesite de mi ayuda defendiéndose de ustedes, pues su causa es justa, pero nos quedaremos aquí igualmente.

AMBROSIO y los PASTORES desisten.

NARRADOR 1. Ambrosio y sus amigos se lo pensaron mejor y no volvieron a intentar seguir a Marcela. Terminaron el entierro de su querido amigo y pusieron flores sobre la tumba. Todos los pastores dieron sus condolencias a Ambrosio y se fueron por caminos separados, bajando la cabeza en honor a don Quijote según se iban.

Salen AMBROSIO y los PASTORES; DON QUIJOTE se pone junto la tumba, hace la señal de la cruz y se gira hacia SANCHO y el PASTOR.

DON QUIJOTE. Bien jugado, muchachos. Has hecho honor a tu puesto de escudero, Sancho, y te estoy agradecido. Y vos, pastor, id con Dios.

PASTOR. Saldré para Sevilla para ver a mi hermano. ¿Os importaría acompañarme? No sé qué tipo de protección podríais ofrecerme, pero al menos estaré entretenido.

DON QUIJOTE. Yo me quedaré en la Mancha hasta que pueda eliminar a los ladrones y villanos de estas tierras, mientras evito al mago Merlín, cuyos hechizos me amenazan a diario. Pero os deseo buena fortuna.

SANCHO. Adiós.

PASTOR. Adiós a los dos. *(Sale.)*

SANCHO. Entonces, amo, ¿dónde debemos ir ahora? Seguramente haya una aventura ahí fuera que me proporcionará ese gobierno que me habéis prometido... y puede que un poco de carne y de queso también. No sabía que esto de ser escudero sería tan duro e implicaría tan poca comida.

DON QUIJOTE. Siempre pensando con el estómago, ¿eh? Vamos a seguir a Marcela para ver si podemos servirle de ayuda más adelante.

SANCHO. ¿Está seguro de que eso es lo más sabio, señor? Parecía bastante insistente en que quería estar sola. Y vuesa merced bien dijo que no necesita nuestra ayuda.

DON QUIJOTE. Puede defenderse a sí misma, eso es cierto. Aun así, deberíamos dirigirnos hacia esas montañas, Sierra Morena, y encontrarla, pues tengo el presentimiento de que todavía precisa de nuestra presencia.

NARRADOR 1. Nuestros dos héroes montaron en sus corceles y, a un paso un poco más veloz, fueron en busca de más aventuras.

Salen todos.

Segundo acto

PRIMERA ESCENA

*La misma pradera.
Entra el NARRADOR 2.*

NARRADOR 2. La historia que habéis presenciado hasta el momento, el famoso relato de don Quijote de la Mancha, llegó a mí en la forma de un manuscrito que encontré en el mercado de Toledo. Obviamente, había oído la historia muchas veces y, cuando cogí los papeles, mal pegados y escritos en lo que parecía árabe, y el hombre a mi lado (que podía leerlo con claridad) pronunció el nombre del famoso caballero, inmediatamente supe que tenía oro entre mis manos. Obvié el hecho de que ya no deberían quedar árabes en España —ya sabéis cuán exitosas son estas expulsiones—, y contraté al hombre para que tradujese estos escritos al castellano. Algo me dice que en realidad no era árabe y acabó sacándome más dinero del que le había ofrecido. Pensándolo bien, no puedo garantizar que lo que estáis presenciando ahora en el escenario sea la verdadera historia de don Quijote, porque ese estúpido traductor puede haber escrito cualquier cosa y yo no notaría la diferencia. Por lo tanto, deberíais obviar lo que habéis visto hasta ahora y tomar con humor todo lo que está por venir... es solo una advertencia.

Volviendo a la historia tal como la conozco, el padre Pérez y don Nicolás, guiados por la sobrina de nuestro héroe, Esperanza, continuaron con su misión de encontrar a don Quijote y traerlo a casa, antes de que acabara dentro de una caja...

Entran el PADRE PÉREZ, NICOLÁS y ESPERANZA.

PADRE PÉREZ. Venid, vecinos, deben de estar por aquí. La lavandera río abajo nos dijo que habían venido por este camino.

NICOLÁS. Y seguro que no hay ningún error de que lo que ha visto es a don Quijote y a su estúpido escudero, Sancho. ¿Cómo puede ser que ese viejo haya podido acercarse tanto a las montañas en su raquítico caballo y Sancho en ese necio asno?

PADRE PÉREZ. No importa. Es nuestro deber, como cristianos, rescatar a nuestro vecino de su propio mundo y devolverlo al nuestro.

ESPERANZA. ¿Desde cuándo os preocupa el deber cristiano? Si no recuerdo mal, prestabais particular atención a María Rosa tras haber bebido demasiadas jarras de vino en la fiesta del pueblo el año pasado. Estoy convencida de que eso va en contra de vuestros votos como sacerdote.

PADRE PÉREZ. Ahora no estamos hablando de mí, hija mía. Además, el perdón es un regalo divino que nos ha otorgado el Señor.

Entra el PASTOR.

NICOLÁS. Hola, joven.

PASTOR. (*Mirando al PADRE PÉREZ y a NICOLÁS de arriba abajo. Guiña un ojo a ESPERANZA.*) Buenos días, su eminencia, señor barbero... mi señora.

PADRE PÉREZ. Hijo mío, estamos buscando a un querido amigo y vecino...

NICOLÁS. Y a su corpulento secuaz...

PADRE PÉREZ. ... su compañero, y nos han dicho que por este camino los encontraríamos. Puede sonar un poco extraño, pero nuestro amigo se ha vuelto loco y su simple criado se ha creído que su amo es un caballero andante.

PASTOR. (*Sonriendo.*) Ah, os referís a don Quijote y a Sancho. Sí, he tenido el placer de tener una conversación con ellos.

NICOLÁS. Bueno, espero que no hayáis malgastado demasiado vuestro tiempo. Está bastante chalado y rezamos para que no le haya hecho daño a nadie, o a sí mismo.

PADRE PÉREZ. Sí, recemos.

PASTOR. No infravaloréis a vuestro amigo, padre.

ESPERANZA. Gracias, amigo pastor. Estos dos parece que no entienden lo que le ha pasado. Ellos no tienen imaginación, así que no espero que comprendan una hiperactiva.

PADRE PÉREZ. Bueno, ¡debéis haber notado que su cerebro no es de este mundo!

PASTOR. No estoy de acuerdo. Que no vea el mundo como lo ve vuestra merced, o como vuestra merced piensa que debería verlo, no significa que su perspectiva no deba considerarse. Nuestro entendimiento del mundo depende de nuestra perspectiva.

NICOLÁS. (*Al PADRE PÉREZ.*) Parece que la locura es contagiosa.

PASTOR. (*Hablando en tono serio.*) Tenga cuidado con tan preocupada opinión, barbero. Soy más culto que la mayoría de los pastores. Si quiero más información sobre los entresijos de la mente, consultaré un libro. Si quiero aprender sobre el patrón de la calvicie en los hombres y la mejor forma de afeitarse mi barba, me pondré en contacto con usted.

ESPERANZA. Ningún concepto existe si está aislado. Solo reconocemos la sensación de calor si entendemos lo que es el frío. La maldad solo existe si conocemos la idea del bien. De igual manera, la locura tiene sentido si la cordura está igual de clara. Pero lo que vuestra merced considera locura es, de hecho, la realidad de otra persona. Su cuerda realidad es potencialmente el delirio de otra persona. Por lo tanto, la perspectiva lo es todo, y recuerde que siempre se puede aprender algo de otras personas, no importa cuán simple o loco nos parezca.

PASTOR. Uno recoge lo que siembra.

NICOLÁS. Cierto...

PASTOR. (*Apuntado hacia las montañas.*) Se fueron por ahí hace menos de dos horas.

PADRE PÉREZ. Que Dios os bendiga, hijo mío.

ESPERANZA. Gracias... por todo.

EL PASTOR hace una reverencia a ESPERANZA, gruñe hacia el PADRE PÉREZ y NICOLÁS, y sale. Los otros se marchan en dirección a las montañas.



SEGUNDA ESCENA

Entran DON QUIJOTE y SANCHO por el otro lado del escenario; empieza a llover suavemente.

DON QUIJOTE. Estoy seguro de que la dama Marcela vino por aquí. Puedo sentir su grandeza.

SANCHO. Yo, lo único que siento es una peste, pero no sé si viene del asno o de mí.

DON QUIJOTE. Bueno, sea como sea, lo único seguro es que no viene de ningún sitio bueno. Con suerte, esta lluvia ligera hará desaparecer el olor.

Entra un BARBERO viajero, cantando, con su bacía de barbero en la cabeza; DON QUIJOTE lo ve.

DON QUIJOTE. Mira, Sancho, ¡mira la buena fortuna que el destino nos ha vuelto a regalar! No habremos encontrado a Marcela todavía, pero este es un premio aún mejor que no habríamos tenido la oportunidad de conseguir si no hubiésemos venido por aquí.

SANCHO. Como dice el refrán, cuando una puerta se cierra, otra se abre. Pero no entiendo a dónde nos lleva esta nueva puerta.

DON QUIJOTE. (*Preparándose para la batalla.*) Eso, Sancho, es el afamado yelmo de Mambrino y ese caballero que se acerca con esa rosa roja en la solapa... debe de ser el Caballero de las Rosas.

SANCHO. Más bien el Caballero de las Cuchillas. No es un caballero, señor, es solo un barbero con su bacía en la cabeza, probablemente para protegerse de la lluvia.

DON QUIJOTE. ¿Ves cómo brilla, Sancho? Está hecho del oro español más puro ¡y hará invencible a quien lo posea! ¡Tiene que ser mío! (*Se acerca al BARBERO.*)

SANCHO. Solo está un poco mojado por la lluvia, señor. ¿Y cómo puede derrotarlo si le hace invencible?

DON QUIJOTE. (*Al BARBERO.*) ¡En guardia! Defiéndose, infame caballero, u os atacaré. ¡El yelmo de Mambrino tiene que ser mío!

NARRADOR 2. El barbero está tremendamente confundido.

SANCHO. No solo el barbero, se lo aseguro.

BARBERO. (*Mirando con asombro a DON QUIJOTE.*) Eh... ¿perdón?

NARRADOR 2. Deslumbrado no por el brillo de la bacía, sino por su propia ambición de ganar el mágico yelmo, don Quijote superaba por mucho al pobre barbero.

DON QUIJOTE ataca con su lanza y tira al BARBERO de su caballo sin dificultad. DON QUIJOTE recoge la bacía con la lanza.

DON QUIJOTE. Ahora, truhan, debéis ir al Toboso, a unas dos mil leguas de aquí, y honrar a la dama Dulcinea. Debéis decirle que habéis sido derrotado en su nombre por su campeón, ¡don Quijote de la Mancha!

BARBERO. (*Sollozando.*) ¡Estáis chiflado! ¡La Inquisición sabrá de esto! Iré a la Santa Hermandad. ¡Lo lamentaréis! (*Sale el BARBERO.*)

DON QUIJOTE. No, ¡el Toboso es por ahí! (*Apunta en la otra dirección.*)

NARRADOR 2. Don Quijote se pone su nuevo premio... Recordad lo que el pastor dijo antes: el delirio de un hombre es la realidad de otro.

SANCHO. (*Preocupado.*) ¡La Santa Hermandad! Oh, señor, ¡estamos fastidiados! He oído lo que les sucede a las pobres almas que terminan en las prisiones de la Inquisición. ¿Por qué tiene que comportarse así?

DON QUIJOTE. No te preocupes, Sancho. Como un caballero del bien, siempre que veo necesario luchar contra otro caballero, tal acción se justifica por las leyes de la naturaleza y de Dios. Además, la Santa Hermandad, por ley, debe avisar al menos treinta días antes de llegar a cualquier ciudad, pueblo o región con el propósito de un juicio. Así que, al contrario de lo que la gente piensa, *todo el mundo* espera a la Inquisición española.² (*Mira a un lado.*) ¿Qué es eso que viene por ahí? Otra aventura, sin duda.

NARRADOR 2. (*Habla mientras entran los siguientes personajes: GUARDIA 1, GUARDIA 2, GALEOTE 1, GALEOTE 2, GALEOTE 3 y GINÉS DE PASAMONTE. Cuando se paran, los prisioneros se tiran al suelo, excepto GINÉS, que se sienta sobre el tocón de un árbol.*) Viniendo hacia nuestros dos héroes, se acerca una cadena de aproximadamente veinte prisioneros condenados a galeras. Viles criminales que, probablemente, han evitado la pena de muerte aceptando servir como esclavos en barcos; para nueve de cada diez esclavos, sus vidas en las galeras se terminarían antes de su sentencia, así que igual habría sido mejor que hubiesen aceptado una ejecución más rápida. Hacen una pausa para beber agua.

DON QUIJOTE. Qué extraña visión, Sancho. ¿Qué puede ser esto? ¿Lo ves, escudero, cómo estos hombres honestos han sido

² Alusión a uno de los *sketches* más famosos del grupo británico Monty Python.

encadenados unos con otros? Está claro que lo han hecho en contra de su voluntad.

SANCHO. ¿Hombres honestos, señor? Señor, estos hombres están obligados a llevar estas cadenas por la justicia del rey.

DON QUIJOTE. ¿Pero cómo puede el rey obligar a alguien a hacer algo en contra de su voluntad? No parece correcto.

SANCHO. No, señor, lo que quiero decir es que esos canallas se dirigen a galeras, así que deben de haber sido condenados por los crímenes más horribles.

DON QUIJOTE. Sancho, debemos acercarnos y examinar la verdad del asunto.

SANCHO. Por favor, señor, nos estaba yendo tan bien... Tenemos que irnos de este lugar. Si no, la Santa Hermandad nos encontrará y nos encadenará con ellos. Yo vengo de una familia que no encaja en tales actividades. Los Panza de este mundo son buenos labradores, y puede que escuderos, pero claramente no estamos hechos para remar en un gran barco por debajo del nivel del mar.

DON QUIJOTE. Debemos impartir justicia, Sancho.

SANCHO. Pero la justicia del rey es justicia, mi señor don Quijote.

DON QUIJOTE. (*Al GUARDIA 1.*) Mi buen capitán, ¿puedo molestaros con una pregunta sobre estos buenos hombres y su actual situación?

GUARDIA 1. (*Mirando con asombro a DON QUIJOTE.*) ¿Quién o qué sois vos y qué hace esa bacía en su cabeza?

DON QUIJOTE. (*Enfadado.*) Esto, señor, es el afamado yelmo de Mambrino y os advierto que no debéis subestimar sus poderes. ¡Soy don Quijote de la Mancha, caballero andante y defensor de la justicia! Ahora, ¿puedo preguntaros quién son estos hombres y por qué están encadenados? Exijo saberlo.

GUARDIA 1. ¿Exigís saberlo? Bien, os lo diré, señor Caballero de la Bacía de Barbero. Hemos parado aquí un momento para que nuestros caballos puedan descansar y puede que

les demos a estos cretinos la suficiente agua para que puedan continuar. No podemos dejar que se mueran aquí. ¿Sabéis lo difícil que es quitarle estas cadenas a un hombre, sobre todo cuando es un peso muerto?

DON QUIJOTE. Cuáles son sus nombres, capitán, y cuáles sus crímenes.

GUARDIA 1. Tengo mi registro aquí y lo abriría, pero no quiero. Así que, señor, si deseáis conocer esa información, podéis preguntarles vos mismo si os viene en gana. Pero una vez hayamos bebido, nos vamos.

DON QUIJOTE. Os lo agradezco, capitán.

SANCHO. Señor, ¿por qué estamos perdiendo nuestro tiempo con canallas que ya han sido capturados? (*Los GALEOTES miran con rabia a SANCHO por llamarles canallas.*) Creo que deberíamos ir a buscar aventuras sin valor...

DON QUIJOTE. Aventuras *con* valor, Sancho.

NARRADOR 2. Don Quijote estaba empeñado en descubrir si estos hombres eran realmente criminales o si estaban retenidos en contra de su voluntad.

DON QUIJOTE. (*Al GALEOTE 1.*) Vos, joven. Decidme qué puede haber hecho un hombre de tan joven espíritu para terminar en las galeras.

GALEOTE 1. Espíritu es una buena forma de llamarlo, señor caballero. Soy un hombre que ama la Iglesia y he sido condenado a galeras porque a menudo he buscado la iglesia más cercana...

DON QUIJOTE. Bueno, esto no parece justo. Yo, como todos los caballeros andantes de la historia de la literatura, llevo a cabo mis deberes con la esperanza de que Dios me premie una vez deje este mundo. ¡Qué hombre tan honesto!

SANCHO. ¿Honesto?

GUARDIA 2. Siempre busca la iglesia más cercana para encontrar refugio tras su último crimen. Es un ladrón y un adúltero.

Este hombre va de ciudad en ciudad, buscando la viuda más rica o a su hija, la seduce, ¡y, después, le roba todo su dinero! Utiliza las iglesias para evitar que le capturen y luego se escapa no sé cómo. ¡Pero ha sido capturado y servirá cuatro años en alta mar!

SANCHO. Qué honesto...

GALEOTE 1. Sí, es cierto, pero esta vez estoy muy, *muy* arrepentido.

DON QUIJOTE. Buen hombre, buen hombre. Vuestros pecados pueden ser absueltos si los confesáis. (Al GALEOTE 2.) ¿Y vos, señor?

GALEOTE 2. Estoy encadenado, señor caballero, y de camino a galeras por amor.

DON QUIJOTE. Cuánta honradez...

SANCHO. ¡Tiene que estar tomándome el pelo! No veo amor en sus ojos, solo amor por el caos.

DON QUIJOTE. Puedo reconocer la desesperación, el tortuoso sufrimiento causado por el amor. Pero ¿es este un crimen para merecer las galeras? Si amar a una mujer es un crimen, yo mismo habría sido sentenciado a cadena perpetua hace mucho; pues mi dama Dulcinea es la destinataria de mi devoción.

GUARDIA 2. No ha sido el amor por una mujer lo que le ha hecho acabar con grilletes...

GALEOTE 2. Por desgracia, el cerdo tiene razón. Me encontré con una estatua de oro de la Virgen María en la iglesia de mi pueblo y la estreché contra mi pecho. Iba a llevármela para pasar el resto de nuestra vida juntos, pero ese maldito cura me encontró y me entregó a la Santa Hermandad.

DON QUIJOTE. Ah, otro amante de la Iglesia. Nuestro sacerdote también es bastante insoportable y tiende a aparecer en los momentos más inoportunos —normalmente a la hora de comer—, así que entiendo su frustración.

SANCHO. (Con sarcasmo.) Claro, todo por el amor de Dios.

DON QUIJOTE. Sancho, recuerda que la ley no siempre es moral.

GALEOTE 3. Demasiado cierto, mi señor.

DON QUIJOTE. (*Al GALEOTE 3.*) ¿Y vos, hermano?

SANCHO. Ahora tiene un hermano...

DON QUIJOTE. Vuestra barba canosa me hace pensar que habéis tenido una vida llena de experiencias. ¿Cómo habéis terminado aquí?

GALEOTE 3. Por amor a la patria, señor caballero. Amo España y arriesgaría mi vida por vivir en estas tierras.

DON QUIJOTE. Bueno, no veo ningún motivo por el cual el amor hacia la patria por parte de alguien le haga terminar de esta forma. ¿Qué clase de injusticia es esta?

GUARDIA 2. La España de la que habla es su extraña visión de un país sin leyes y sin rey. Este hombre es un anarquista y ha sido condenado por traición. Estuvo implicado en el intento de secuestro de uno de los ministros de Su Majestad.

GUARDIA 1. Hasta que delató a los líderes de la operación para salvarse. Empezó a cacarear como la gallina que es. Este estaba acabado por sedición y eligió servir a Su Majestad en lugar de ser colgado, arrastrado y descuartizado como los otros.

SANCHO. (*Con sarcasmo.*) Un hombre digno, entonces.

DON QUIJOTE. Un hombre de principios, ya veo. Parece que cada vez hay menos. (*A GINÉS.*) ¿Y vos? Parecéis un hombre de alto rango.

SANCHO. Si solo pudiera permanecer en alto con todas esas cadenas...

NARRADOR 2. Don Quijote se ha dirigido a Ginés de Pasamonte, quien soporta el doble de cadenas que sus acompañantes.

SANCHO. (*Riendo.*) Acompañantes... ¡esa es buena!

GINÉS. (*A SANCHO.*) Calla, cerdo. (*SANCHO le frunce el ceño.*)

DON QUIJOTE. ¿Puedo preguntar por qué vuestro castigo es mayor que el del resto? No parece justo.

GINÉS. No podría estar más de acuerdo con vos. Contadme, ¿qué clase de locura reina en su cerebro del tamaño de un guisante?

GUARDIA 2. Este es Ginés de Pasamonte.

DON QUIJOTE. Por favor, por favor, decidme qué os ha llevado a estas cadenas.

GINÉS. Creo que soy el único culpable que está encadenado. Tengo burdeles en Madrid...

DON QUIJOTE. Bueno, no parece digno de galeras. Es la profesión más antigua del mundo y supongo que debe de tener valor si sigue manteniéndose.

GINÉS. Tengo casas de apuestas en Valladolid...

DON QUIJOTE. Los hombres que trabajan necesitan alguna diversión.

GINÉS. Y he matado a hombres que me miraban raro. Robo de los ricos y robo de los pobres. La vida, señor caballero, nunca ha sido buena conmigo, ¿por qué debería yo serlo con ella?

GUARDIA 2. Este incluso ha escrito la historia de su vida.

SANCHO. ¿Un delincuente que sabe leer y escribir? Suena peligroso.

GINÉS. (A SANCHO.) ¿A ti quién te ha dicho nada, cariño? (A DON QUIJOTE.) El cerdo tiene razón (*apuntando al GUARDIA 2*). He tenido una vida plena y variada, desde mis inicios como el huérfano de un castrador de cerdos, hasta servir a una sarta de amos en mi adolescencia —el mejor y el peor fue el sacerdote: me pegaba sin sentido, pero también me enseñó a leer. Sentí que mi vida en los bajos mundos merecía ser contada como cualquier otra historia de un muchacho luchando con la vida y la sociedad. Y todo merecerá la pena si puedo inspirar a algún joven pícaro a engañar y estafar mejor que yo y que no le pillen.

DON QUIJOTE. ¿Y cómo se llama este libro?

GINÉS. *La vida de Ginés de Pasamonte*. ¿Cómo iba a llamarse si no?

DON QUIJOTE. ¿Y lo habéis terminado?

GINÉS. ¿Cómo podría estar terminado si mi vida aún no ha acabado?

GUARDIA 1. Dadle un año aproximadamente, muchacho, y tendréis algún motivo para terminar vuestro maldito libro. *(GINÉS mira con furia al GUARDIA 1.)*

DON QUIJOTE. La literatura es una noble tarea, señor.

NARRADOR 2. Don Quijote había escuchado pacientemente a los cautivos y a Ginés de Pasamonte, y los pensamientos empezaron a agitarse en su cerebro.

SANCHO. Oh, no, no más pensamientos. Señor, ¿en qué está pensando?

DON QUIJOTE. He decidido, Sancho, que debo cumplir mi juramento de caballero. *(Al GUARDIA 1.)* Capitán, he llegado a la conclusión de que estos hombres están siendo forzados en contra de su voluntad para servir en sus barcos y ordeno que se les libere de sus obligaciones, ya que va en contra de sus deseos.

GUARDIA 1. Claro que va en contra de sus deseos y por supuesto que están siendo forzados a ir a galeras, les guste o no. ¡Son criminales!

SANCHO. Señor, estos hombres son canallas y criminales. Recordad, una vez vuesa merced salve a un criminal de la horca, ¡él será el primero en colgaros!

DON QUIJOTE. *(Saca su espada.)* Capitán, insisto en que estos hombres sean liberados de sus ataduras.

NARRADOR 2. *(Los personajes actúan como se describe.)* No puedo explicar realmente cómo sucedió todo, pero según el capitán alcanzaba su espada, don Quijote lo tiró de su caballo y, mientras el otro iba a ayudarle, Ginés de Pasamonte logró sacar el pie y hacerle tropezar. El pobre Sancho no supo qué hacer, excepto lo que su amo le ordenó.

DON QUIJOTE. Coge esas llaves, Sancho.

NARRADOR 2. A estas alturas, Sancho ya había abandonado todas sus reservas, pues casi temía más a los guardias que a los hombres encadenados. Inmediatamente, liberó a Ginés, quien sometió a los guardias él solo. Una vez todos estuvieron libres, pusieron las cadenas a sus captores, los amordazaron y los tiraron a los arbustos.

GINÉS. Bueno, señor caballero, os había infravalorado. Mis acompañantes y yo estamos muy agradecidos por vuestros esfuerzos.

SANCHO. (*Sarcásticamente.*) Acompañantes, ¿eh?

GINÉS. Sí, tesoro. Ahora, en su honor, le cantaremos esta canción:

Quando el mundo conoció la creación,
ser pícaro era la mejor profesión.
Quando en todo el mundo no había más de cuatro,
dos estaban ya cometiendo una infracción.
Y las semillas no fueron menos; y, como puede imaginar, no
hubo freno,
en todas las épocas han crecido sin mesura.
La mentira y los robos,
la astucia, el orgullo y los engañabobos,
la ira, los asesinatos y el escándalo son
hermanos de la violación,
el incesto y la prostitución;
brotan todo de un solo linaje, son los mejores vicios de moda
y hacen que un pícaro gigante la humanidad sea toda.

Que en cada una de las generaciones humanas,
como verás en todas las paradas,
la virtud decae, mientras el interés remueve a las bravas
el mal genio de la nación.
Todos son pícaros en cierta ocasión,
el abogado es un soplón,
el cortesano don Servil y el alcalde don Ladrón;
el vagabundo, el borracho,

el que va a la iglesia a buscar una buena moza muy vivaracho,
el que la piedad manipula y el gamberro mamarracho.
De todos, el que fracasa por nuestros verdaderos derechos
mantener,
y abandona la noble causa, es quien más grano se va a comer.

El primero que se paró a arreglar el asunto
hizo leyes para encerrarnos y punto,
y debería haber encontrado una manera
de hacer que nuestras voluntades obedecieran,
y haber remodelado a las criaturas.
Lo que en el hombre hay de salvaje
huyó del ser original sin coraje,
y a pesar de la reclusión ahora reina como al principio por
doquier:
hay sermones y plegarias y alardes de razón que suelen escocer,
pero el hermano a su hermano mata y asesina:
que no se culpe al pícaro que goza de juicio libre
y que cae como un tronco y cree que tiene que mentir.

DON QUIJOTE. Bueno, solo hay una cosa que os pido para mostrar vuestra gratitud.

GINÉS. Veré qué puedo hacer.

DON QUIJOTE. Vos y vuestros compañeros debéis ir al pueblo del Toboso y, allí, buscar a la dama Dulcinea y rendirle homenaje. Dedicaréis vuestra libertad a su belleza y le haréis saber que estoy bien. Solo está a doscientas millas.

GINÉS. Escuchad, no voy a ningún Toboso, ¿comprendéis? Debemos desperdigarnos por esas montañas para evitar que nos capture la Santa Hermandad; así es la vida del fugitivo, con la que os familiarizaréis muy pronto... Tampoco tengo tiempo para rendirle homenaje a nadie, mucho menos a vuestra moza.

DON QUIJOTE. (*Furioso, y sacando su espada.*) ¡¡Moza!? ¡Exijo satisfacción! ¡En guardia!

NARRADOR 2. El pobre don Quijote no era rival para Ginés y su cuadrilla. Sancho y él fueron vapuleados y noqueados y los dejaron tirados rodando por el suelo, con sus armas apartadas a un lado. (*Salen todos los GALEOTES.*) Antes de irse, Ginés se dirigió a ellos una última vez.

GINÉS. Me voy con la conciencia tranquila. Os doy las gracias de nuevo. Adiós. (*Sale GINÉS.*)

DON QUIJOTE. (*Se queja de dolor.*) Hermano Sancho, debería haberte escuchado. Siempre he oído que ser amable con un criminal es tan útil como tirar un cubo de agua al mar. Desde ahora haré un esfuerzo para prestar atención a tu opinión.

SANCHO. (*Gime de dolor.*) Lo creeré cuando lo vea.

NARRADOR 2. Para evitar cualquier repercusión inmediata de la mal aconsejada liberación de los prisioneros de Su Majestad, don Quijote y Sancho se levantaron del suelo y se fueron a Sierra Morena, a buscar refugio del sofocante calor estival y de cualquier tipo de venganza de la Santa Hermandad.

Salen todos.

Tercer acto

PRIMERA ESCENA

Las montañas de Sierra Morena.
Entran el NARRADOR 3, DON QUIJOTE
y SANCHO.

NARRADOR 3. Si creéis todo lo que leéis, entonces pensaréis, probablemente, que la historia de don Quijote fue creación de Miguel de Cervantes. Pero ¿sabéis algo sobre este tipo? Se fue de España a los veinte años con bastante prisa, precisamente cuando alguien con el mismo nombre tuvo una pelea con otro hombre que, casualmente, apareció con un cuchillo clavado en la garganta... ¿Coincidencia? Luego, pasó unos años al servicio de un cardenal de la Iglesia, donde sin duda aprendió el gran arte del engaño, para, después, hacerse a la mar antes de cumplir los treinta. Y ya sabéis cómo son los marineros: ¡malhablados y con una mujer en cada puerto! En su camino de vuelta a España, fue capturado por piratas y pasó cinco años como esclavo en el norte de África —no es exactamente un testigo en quien se pueda confiar. Cuando volvió a España, encontró trabajo requisando bienes para la Armada (¡la que iba a ser vencida!), pasó tiempo en la prisión para morosos, tuvo una hija ilegítima y terminó en los márgenes de la animada escena literaria de Madrid.

Os aconsejo encarecidamente que dejéis de escuchar y abandonéis este teatro, ¡para no ser corrompidos por más mentiras! (*Espera unos segundos.*) Nadie se va, ya veo. ¡Allá vosotros!

En fin, sea como sea, don Quijote y Sancho encontraron el camino hacia las montañas de Sierra Morena para escapar de la ley y, tan pronto como se sentaron para descansar, llegó un

hombre misterioso, vestido con harapos. Por lo que se podía oler, también llevaba un buen tiempo sin lavarse...

Entra CARDENIO, quien canta una canción de lamento.

CANCIÓN

Que los terribles engranajes de la eternidad
hagan que el trueno ruja y el relámpago mate sin piedad.
Mi ira es tan fatídica y ardiente como la suya,
también cruel y acaba con todo sin que nada le influya.
Y si el frío Norte muestra su rencor,
en mi pecho crece una tempestad aún mayor:
la decepción, más fría que el viento, causa estupor.

¿No hay nada, nada, que pueda calentarme?
Sí, los ojos de Luscinda.
Allí, Etna, allí, allí, con el Vesubio ella linda,
y provee al infierno de llamas
tan altas que con el cielo brinda.

Oh, cielos, su nombre he mencionado,
y los meteoros arden en el firmamento inflamado.
Un relámpago en la corte del Sol centelleó,
y el orbe ahora se quema con más fervor
que cuando Faetón cayó.

¿Dónde está el céfiro y sus fragantes olores
y esas floridas forestas donde jugaba?
Allí, donde custodiada por una tropa de amores,
la hermosa Luscinda dormida estaba;
allí donde cantaban la alondra y el ruiseñor,
esperábamos llegar a la noche oscura, de fervor rotos,
agasajados de dulzura y felicidad a nuestro alrededor,
y nada nos asustaba, salvo los días cortos.

Me enciendo, me enciendo pero de odio.
¿Por qué arder por esta ingrata que custodio?
Enfríate, entonces, y deambula de aquí para allá
porque nada en este mundo prevalecerá.
Una mujer finge amor solo hasta su propósito conseguir,
y, aunque sea un mal menor, de cartera llena quiere presumir,
pero al engañarte una y otra vez, que no es puerca y puta no
puede fingir.

Es entonces cuando molestarte querrán,
y, después, a ponerte los cuernos vendrán.
A todas las engendraron con rencor,
para dar tormento y pocas alegrías a su señor,
para reñir, arañar y morder con ardor;
y sin más explicaciones que lo anterior.
Que son todas unas brujas no es ningún rumor,
ahora, pues, a ellas y al mundo dar las buenas noches es mi
labor.

SANCHO. Bueno, esto ha sido bastante deprimente.

DON QUIJOTE. Sancho, ese caballero está atormentado. Está loco de amor y es mi deber curarle de tal locura.

SANCHO. ¿Vuesa merced? La sartén y el cazo...

DON QUIJOTE. Como caballero andante, no solo debo ayudar a aquellos menos afortunados con dolencias físicas, sino que también me esfuerzo por tratar problemas del intelecto, el corazón, el alma y la mente.

SANCHO. Mirad, señor, está viniendo hacia aquí otra vez.

DON QUIJOTE. (A CARDENIO.) Señor, por favor, venid y sentaos con nosotros. ¿Por qué estáis tan melancólico? ¿Tan profundamente os ha herido la cuchilla del amor? (*Le pasa una bebida a CARDENIO.*)

CARDENIO. Agradezco vuestra amabilidad, señor, pero no puedo explicar por qué tengo estos ataques de locura, pues caería en otro si hablo de ello.

SANCHO. No parece una buena idea, entonces. Creo que podremos vivir bastante bien sin tener que escuchar todos los detalles morbosos. ¿Por qué no...?

CARDENIO. (*Interrumpe a SANCHO.*) Todo comenzó hace no mucho, unos dos años, diría yo...

SANCHO. Supongo que tendremos que oír los detalles, después de todo.

DON QUIJOTE. Calla, necio.

CARDENIO. Estaba yo en mi Andalucía natal y mi padre, un labrador relativamente próspero, me envió a trabajar para un señor de la zona, don Ricardo. Durante este tiempo, me hice muy amigo de su hijo, don Fernando. Fernando y yo teníamos la misma edad y los dos estábamos locamente enamorados... no el uno del otro, claro: nos habíamos enamorado de dos muchachas diferentes. Así que teníamos un vínculo, como podéis ver.

Él no cesaba de decirme cuán maravillosa era su Dorotea. Muy inteligente, culta y bella. El único problema que había era que él pertenecía a un linaje noble y ella no. Sin embargo, se comprometió con ella y prometió ser su marido. Yo comparé su efusividad con mis propias descripciones de mi amada Luscinda: también era culta, inteligente y su belleza era bien conocida en mi ciudad. Sin embargo, mi amor era melancólico por distintos motivos a los de don Fernando: tuve que dejar a mi amada para trabajar para don Ricardo, pero, antes de dejar a Luscinda, le prometí que nos casaríamos. Estaba emocionada porque en tres años volvería para casarme con ella, pero se vio superada por el dolor de que yo tuviera que irme por tanto tiempo. ¡Fue una tortura!

DON QUIJOTE. Debo decir que os entiendo, joven. Yo también estoy enamorado de la inigualable Dulcinea del Toboso...

CARDENIO. (*Interrumpe a DON QUIJOTE.*) Por favor, señor, recordad que prometisteis no interrumpirme, ¡para que no vuelva mi ataque de locura!

DON QUIJOTE. Sí, sí, disculpad... por favor... proseguid.

CARDENIO. (*Parece enfadado.*) De todas formas, como iba diciendo, un día, don Fernando fue enviado por su padre a la ciudad que está al lado de la mía por negocios, y yo me puse eufórico cuando dijo que llevaría y entregaría una carta por mí, en persona, a la bella Luscinda. Bien, ¡quién iba a pensar que ese traidor, con solo ver a mi amada, iba a decidir quedársela para él! Ya se había prometido con Dorotea, pero la abandonó, ¡y si te he visto no me acuerdo! El padre de Luscinda, que nunca dejaba pasar una buena oportunidad, aceptó inmediatamente que su hija se casase con este noble, ¡y la pobre Luscinda no pudo dar su opinión! Incluso cuando dijo que habíamos acordado casarnos, lo que ante la ley es tan válido como el propio matrimonio, la ignoraron por conveniencia.

SANCHO. ¡Eso es el matrimonio!

DON QUIJOTE. ¡Cierra el pico, necio!

CARDENIO. Entonces, el día de la boda, me dirigí hacia la iglesia, jurando que, antes de que ella dijese «sí, quiero», yo lo pararía todo. Ya sabéis, cuando el sacerdote pregunta si alguien entre los presentes tiene algún motivo para creer que los dos tortolitos (*sarcásticamente*) no deberían unirse en sagrado matrimonio... ¡Ahí es cuando aparecería yo para salvar la situación!

SANCHO. ¿Dónde estabais el día de mi boda?

CARDENIO. Me escondí a un lado, tras las cortinas, y simplemente no pude hacerlo. Supongo que estaba convencido de que ella no daría el «sí, quiero». Bueno, pues ¿sabéis qué? Cuando llegó esa parte, ella aceptó. Me fui inmediatamente y corrí tan lejos de la iglesia como pude. ¡Me volví loco! Me vine a las montañas, suponiendo que nadie me molestaría nunca más.

DON QUIJOTE. Pero eso no os ha liberado de vuestro dolor, ¿no es cierto?

CARDENIO. No. Solo lo empeoró. Cómo pude haber confiado en esos dos... Mi amigo, mi amada... ¡todos me han traicionado! ¡La rabia! ¡La furia! ¡No puedo soportarlo más!

*CARDENIO se va, seguido por DON QUIJOTE y SANCHO.
Entra DOROTEA, vestida como un pastor.*

NARRADOR 3. Entonces, un pastor llegó al claro y se quitó los zapatos para dar un descanso a sus pies doloridos. Pero en el momento en el que comenzó a cantar, se hizo evidente que realmente era una mujer de incógnito, y su canto de sirenas atrajo a más oyentes. (*Entra CARDENIO al borde del escenario.*)

CARDENIO. ¡Increíble! Tengo los pelos de punta.

NARRADOR 3. Pisándole los talones a don Quijote y Sancho, estaban Esperanza, el cura y el barbero (*ESPERANZA, el PADRE PÉREZ y NICOLÁS entran por el otro lado del escenario*), pero ellos también se pararon por este canto. La mujer no se daba cuenta de que la estaban escuchando.

ESPERANZA. ¡Qué bella música!

NICOLÁS. ¡Madre mía!

PADRE PÉREZ. ¡No puedo dejar de mirarla y escucharla!

ESPERANZA. (*Al PADRE PÉREZ y NICOLÁS.*) ¡Eh! ¡Espabilad! (*A DOROTEA.*) Perdonad, señora, lamento interrumpir.

DOROTEA. (*Sobresaltada.*) Oh, no sabía que alguien estuviese ahí. Supongo que mi disfraz ya no sirve de nada. Todos podéis ver que soy una mujer.

Entran DON QUIJOTE y SANCHO; SANCHO se acerca para saludar al PADRE PÉREZ y a NICOLÁS.

ESPERANZA. No importa. Aquí estáis entre amigos. No os preocupéis por estos hombres, no sirven para nada, y si alguien tratase de haceros daño, yo me encargaría de que fuese lo último que hiciesen.

DON QUIJOTE. ¡Y yo también! Enmendador de errores, etc., etc.

ESPERANZA. ¡Tío Alonso! Parece que os encontráis bien. ¡Me temía lo peor!

DON QUIJOTE. No temáis, mi señora. Estoy sano y salvo y listo para defender a cualquiera. Aunque parece que vos os las arregláis muy bien sola.

DOROTEA. (*Muy melancólica.*) Perdonadme, aunque mi canción pueda pareceros bonita, estoy desolada.

PADRE PÉREZ. ¿Qué os preocupa, hija mía?

DOROTEA. Una vez estuve enamorada y le di mi corazón y mi alma al hombre que juró casarse conmigo. Durante tres años fuimos amantes en secreto y, en una noche mágica, nos prometimos. Al día siguiente se fue por negocios y, cuando regresó, me despreció y me abandonó por otra.

ESPERANZA. ¡Malditos hombres! (*A SANCHO, el PADRE PÉREZ y NICOLÁS.*) ¿¡Qué os hace pensar que podéis tratar a las mujeres de esa manera!? ¿¡Pensáis que la gente supera así de fácil ese tipo de cosas!?

SANCHO, el PADRE PÉREZ y NICOLÁS. (*Juntos, como ovejas.*) Lo sentimos.

ESPERANZA. (*Con frustración.*) ¡¡¡Bah!!!

DOROTEA. Me da vergüenza llorar por esto, ¡pero ese idiota me rompió el corazón y ante los ojos de mi padre ya no valgo nada! ¡Malditos hombres!

SANCHO, el PADRE PÉREZ y NICOLÁS. (*Juntos, como ovejas.*) Lo sentimos.

NARRADOR 3. Mientras Dorotea continuaba con su sesión de terapia, se acercaron un hombre y una mujer: ella no parecía muy feliz.

Entra LUSCINDA, vestida de monja y caminando con determinación, y DON FERNANDO intentando seguirle el paso.

DON FERNANDO. Esperad, querida, esperad por mí.

LUSCINDA. ¡Cómo osáis llamarme así! Si volvéis a tocarme, lo lamentaréis.

DON QUIJOTE se percata de la situación y se aventura a acercarse a ellos, mientras los demás atienden a Dorotea.

DON QUIJOTE. ¡Alto ahí! ¿Qué es eso que he oído sobre que habéis tocado a esta mujer sin su permiso?

DON FERNANDO. (*Mirando con asombro a DON QUIJOTE.*) Eh... Esta mujer debería ser mi esposa, pero se volvió loca durante la boda y no pudo llegar a celebrarse. Se escapó al convento más cercano. ¡Imaginaos! Prefiere ser una monja que estar casada con esto. (*Apunta hacia sí mismo con orgullo.*)

LUSCINDA. (*Le viene una arcada.*) Creo... creo voy a vomitar otra vez.

DON FERNANDO. ¡Legalmente sois mía! Vuestro padre firmó los contratos con el mío. No tenéis que decir «sí, quiero» para pertenecerme.

LUSCINDA. No podríais caer más bajo como hombre. Ni siquiera debería llamaros hombre. Deberíais buscar a una víbora, pedazo de basura. Nunca me casaría con vos, ¡ni aunque Dios bajase a ordenármelo Ella misma!

DON QUIJOTE. ¿Qué pudo haber hecho que fuese tan terrible? Ibais a casaros con él.

LUSCINDA. (*Mirando a DON QUIJOTE.*) Se suponía que este imbécil se iba a casar con otra persona, y yo también. Hizo este trato con mi padre a escondidas y, aunque dije «sí, quiero», no fue válido porque estaba prometida a otro. Cuando me vi sola, decidí huir al convento. Se supone que es un santuario, pero este necio asaltó las puertas con otros tres necios, se enfrentó a la madre superiora (que tampoco es una gran hazaña...) y me sacó de ahí para poder tenerme como esposa.

DON QUIJOTE. (*Sacando su espada.*) Bien, señor, esto es inaceptable y debo posicionarme del lado de esta bella doncella.

NARRADOR 3. Al advertir la agitación, los demás empezaron a prestar atención y, cuando Cardenio se acercó a la escena, su ataque de locura comenzó otra vez.

CARDENIO. (*Furioso.*) ¡Por los pilares de Hércules! ¡Canalla! ¡Granuja! ¡Usurpador de la felicidad!

DON FERNANDO. (*Dándose cuenta de la situación y observando con asombro el estado de CARDENIO.*) Dios mío... ¿qué os ha sucedido?

CARDENIO. (*Intentando alcanzar la espada de DON QUIJOTE sin éxito.*) ¡Dadme esa arma, bobo! ¡Tendré su cabeza!

LUSCINDA. Cardenio, ¿sois vos de verdad?

CARDENIO. (*Confundido.*) Pero, cómo es posible... ¡Luscinda! (*Rompe a llorar.*) Mi cordura ha vuelto, ¡pero solo si aún queréis casaros conmigo!

LUSCINDA. (*No parece convencida.*) Cardenio, una parte de mí aún quiere casarse con vos, pero hay una cosa que no logro comprender.

CARDENIO. (*Hace sonidos indescifrables mientras solloza.*)

LUSCINDA. (*Como respuesta a sus sollozos.*) No entiendo qué se supone que ha sido eso. Como iba diciendo, me dijisteis que cuando caminase hacia el altar en el que estaría ese perdedor, pararíais la boda. Pero no sucedió. ¿Perdisteis vuestro valor?

CARDENIO. (*Solloza más aún.*)

LUSCINDA. (*Un poco molesta.*) ¡Bueno, venga! Reconvéneme, ¿queréis? Necesito una respuesta. Me abandonasteis. Os amo, pero necesito saber que estaréis a mi lado.

DON FERNANDO. (*A CARDENIO.*) ¡Atrás, muchacho! ¡Ella me pertenece!

DOROTEA. (*Reconociendo a DON FERNANDO.*) ¡Ella no le pertenece a nadie, estúpido!

DON FERNANDO. (*Reconociendo a DOROTEA.*) Bueno, esto se está volviendo muy incómodo... Dorotea, ¿qué estáis haciendo aquí?

CARDENIO. (*Sollozando menos.*) ¿Sois Dorotea? ¿*Su* Dorotea?

DOROTEA. Lo era.

NARRADOR 3. Cuando miró otra vez a Dorotea, don Fernando olvidó inmediatamente su codicia y su reciente mala conducta y cayó locamente enamorado de la mujer con la que debería haber estado casado todo este tiempo.

DON FERNANDO. Dorotea, amada mía. Teneros aquí ante mis ojos ha sido como si me tirasen agua por encima y no solo ha despertado mis verdaderos deseos, sino que también se ha llevado todo lo que perturbaba mi visión. Sois el sol brillando a través de la niebla y la bruma de mi ignorancia y lujuria. Sois mi consuelo y humildemente me arrodillo ante vos, agradeciendo a Dios por la oportunidad que Ella me ha dado de volver a teneros entre mis brazos. (*Se arrodilla.*)

DOROTEA. (*Se acerca a él.*) Don Fernando... He pasado mucho tiempo angustiada estos últimos meses, pero ahora que os veo aquí, me siento en paz. Ahora que sé que me queréis de vuelta, me he deshecho de la carga del dolor.

DON FERNANDO. (*Se levanta y la abraza.*) Amor mío.

DOROTEA. (*Lo para.*) Me siento en paz, porque ahora me doy cuenta de que no quiero volver con vos. Todo este tiempo he pensado que había sido culpa mía, que había hecho algo para merecer esto. Pero ahora sé que no os quiero, que no os necesito, que no necesito a nadie.

ESPERANZA. ¡Bien dicho, hermana!

DOROTEA. No os deseo mi misma angustia, si es que en verdad volvéis a amarme, pero si sufrís, quizá esté justificado. (*Se gira y se va.*)

DON FERNANDO. ¡Pero nuestro dogma católico dicta que estamos casados!

DOROTEA. Bueno, ¡pues el karma acaba de someter a vuestro dogma! *(Sale.)*

DON FERNANDO. *(A CARDENIO.)* Eso ha sido inesperado. Lo siento, amigo mío. Supongo... *(CARDENIO le da un puñetazo que le hace caer al suelo.)*

CARDENIO. Ahora estamos empatados.

ESPERANZA. *(A DON FERNANDO.)* Fuera de aquí ahora mismo. ¡Adiós!

DON FERNANDO se pone de pie y sale tambaleándose.

NARRADOR 3. *(CARDENIO y LUSCINDA se abrazan.)* Cardenio dejó finalmente de llorar y Luscinda le perdonó por su debilidad. Dorotea y don Fernando se fueron por caminos separados y Cardenio y Luscinda volvieron a Andalucía para tener una vida feliz juntos.

Salen CARDENIO y LUSCINDA.

PADRE PÉREZ. Parece que todo ha salido bien.

NICOLÁS. Y menuda coincidencia que Cardenio y Dorotea estuviesen aquí e, inmediatamente después, don Fernando y Luscinda. ¿Qué probabilidades hay? Casualidades así solo ocurren en el teatro...

DON QUIJOTE. ¿Dónde se han ido todos?

SANCHO. No haga demasiadas preguntas, señor. Recuerde el viejo dicho: deja roncar al asno que duerme.

DON QUIJOTE. ¿Qué diablos se supone que significa eso, idiota?

ESPERANZA. Tío, es hora de volver a casa.

DON QUIJOTE. Qué sandez. ¡Los caballeros andantes no tienen casa! ¿Alguna vez habéis oído que Amadís de Gaula volviese a casa porque su sobrina se lo ordenase? ¡Tonterías!

NARRADOR 3. Como siempre, Esperanza tuvo que pensar rápido...

ESPERANZA. Pero, tío Alonso, dicen que hay un gigante que se dirige a nuestro pueblo.

DON QUIJOTE. ¿Un gigante? Yo me enfrenté a un gigante una vez.

SANCHO. Solo fue hace dos días, señor.

DON QUIJOTE. Merezco otro intento. El héroe del pueblo volverá triunfante y derrotará a la bárbara criatura. Lo mandaré al infierno.

*ESPERANZA, el PADRE PÉREZ y NICOLÁS lanzan vivas;
DON QUIJOTE saluda a sus seguidores.*



SEGUNDA ESCENA

NARRADOR 3. Justo después de convencer a don Quijote para volver a casa con ellos, un carro que llevaba a una importante figura de la Iglesia apareció por la colina, ¡el canónigo de Alcalá de Henares! (*Entra el CANÓNIGO y su séquito.*) El padre Pérez, siempre tratando de impresionar a sus superiores, se acercó al carruaje.

PADRE PÉREZ. ¡Ilustrísimo! (*Se inclina.*) Qué honor estar ante vuestra presencia.

CANÓNIGO. (*Un poco molesto.*) Sí, sí. Hola, padre, es siempre un honor conocer a otro miembro de la Iglesia. (*Mirando a DON QUIJOTE.*) ¿Quién o qué es ese?

PADRE PÉREZ. Ese, su Ilustrísima, es mi vecino, que piensa ser un caballero andante llamado don Quijote. Ha leído tantos libros de caballerías que se ha vuelto un poco chiflado.

CANÓNIGO. Debo decir que, en mi santa opinión, no hay literatura que haga más daño a los feligreses que los libros de caballerías. (*Hace la señal de la cruz; al verlo, todo su séquito hace lo mismo.*) Están llenos de personajes ridículos y son tan irreales que no se pueden creer. Una historia verdadera

y legítima entretiene y también educa al lector de manera ejemplar, lo que evita estimular el pecado. Si alguien crea ficción, debe ser creíble y, por supuesto, posible. ¡Los libros de caballeros andantes, vagando por el campo, rescatando damas en apuros, luchando contra dragones y venciendo a gigantes y magos simplemente refuerzan la idea de que la mayoría de la ficción es una blasfemia!

¿Cómo podemos creer que estos caballeros, diez mil contra uno en el campo de batalla, pueden invocar la fuerza de sus espadas mágicas y salir victoriosos? ¿Eso os parece plausible? ¡Todo mentiras! Platón hizo bien en expulsar a los poetas de su república, ¡pues cualquiera que intente escribir una historia que no es verdadera está mintiendo!

ESPERANZA. Pero, Ilustrísima, seguramente no todas las obras de ficción deben ser consideradas como mentiras. Tiene que haber un libro de caballerías que sea digno de ser salvado.

CANÓNIGO. Nunca he visto un libro de caballerías que sea una historia completa. Son, en cambio, una serie de episodios inconexos: el caballero andante y su escudero atacan a un gigante y, una vez que lo derrotan, le hacen ir a rendirle homenaje a su amada. Después, el caballero andante y su escudero se encuentran con una dama en apuros que está siendo atacada por una multitud furiosa, culpándola de un crimen que no cometió, y, una vez que la salvan, él insiste en que vaya a rendirle homenaje a su amada. Después el caballero y su escudero liberan a los prisioneros de un malvado gobernante, encadenados injustamente, y, una vez liberados, el caballero les obliga a ir a rendir homenaje a su amada. Constituye una lectura deficiente; es más, llevará al lector ingenuo a ese mundo.

Además, todos los libros de caballerías están escritos en un estilo pobre, con hazañas imposibles de creer, con amores impíos y lujuriosos (*hace la señal de la cruz, seguido por el resto*), con largas batallas, viajes vagando sin sentido por el campo y, francamente, carentes de cualquier tipo de lógica.

PADRE PÉREZ. (*Hablando con suavidad al CANÓNIGO y sonriendo.*) Bueno, su Ilustrísima, estoy seguro de que os hará feliz saber que nos hemos deshecho de la peligrosa biblioteca de nuestro vecino, don Quijote.

CANÓNIGO. Excelente, hijo mío.

PADRE PÉREZ. Hemos retirado todos y cada uno de los libros de caballerías de sus estanterías.

CANÓNIGO. (*Cada vez más emocionado.*) ¡Sí, hijo mío!

PADRE PÉREZ. (*Motivado por la reacción del CANÓNIGO.*) Junto con cualquier otro libro que consideramos peligroso, en concreto, esos libros en los que hay mujeres.

CANÓNIGO. (*Muy feliz.*) ¡Sigue, hijo mío! ¡Sí!

PADRE PÉREZ. Los apilamos en su patio.

CANÓNIGO. (*Excitándose.*) ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

PADRE PÉREZ. ¡Y los enviamos al infierno por medio de las llamas purificantes!

CANÓNIGO. (*Llegando al clímax.*) ¡Oh, sí, hijo mío! ¡Oh, sí! (*Se calma.*) He de decir que no hay nada más satisfactorio que quemar libros. Tantas ideas que podrían llevarnos por el mal camino...

PADRE PÉREZ. Decidme, Ilustrísima, ¿hay alguna cosa en los libros de caballerías que habéis leído que pensáis que pueda enseñarnos los valores cristianos apropiados?

CANÓNIGO. Oh, hijo mío, en realidad nunca he leído ninguno. Uno no necesita leerlos para conocer su pecaminosidad. Dicho esto, siempre he querido escribir un libro sobre un caballero andante. Debo confesar que ya he escrito más de cien páginas, pero he llegado a la conclusión de que no es apropiado para un hombre de mi posición el participar en tal frivolidad. Leí algunos fragmentos a hombres cultos, que lo alabaron enérgicamente; pero también hubo ignorantes que disfrutaron con mi obra, y ha sido eso precisamente lo que me ha hecho parar. Me di cuenta de que hay muchos más

estúpidos que inteligentes en el mundo y me niego a escribir para el vulgo. Sentí que haría disfrutar demasiado a la gente, cuando deberían estar contemplando la eternidad. Esta vida no está hecha para el placer. Vivid correctamente aquí y el placer será eterno.

Este asunto de las masas ignorantes también me ha hecho rechazar el teatro.

PADRE PÉREZ. ¿El teatro, su Ilustrísima? ¿Tampoco os gusta el teatro?

CANÓNIGO. ¡Lugares abominables, los teatros! Hoy en día, sus dueños solo están interesados en conseguir que haya culos ocupando asientos a precios desorbitados. Os atraen a sus edificios, auténticas trampas mortales, con promesas de entretenimiento y diversión, pero normalmente son agujeros infernales, fríos, húmedos y con corrientes de aire, que siempre tienen un ligero olor a orina. Si consigues un asiento, son duros e incómodos, y te cobran más por un cojín. Las obras siempre duran treinta minutos de más y lo peor de todo: los teatros siempre están llenos de gente que va al teatro. ¿Habéis visto alguna vez la clase de gente que va al teatro?

PADRE PÉREZ. No, Ilustrísima, pero vos parecéis estar familiarizado con ellos, ¿no es así?

CANÓNIGO. (*Mira fijamente al PADRE PÉREZ, pero no responde.*) Bueno, os lo diré. Los hombres del público son analfabetos, payasos maleducados que emanan una peste que solo puede compararse al olor de un perro mojado que se ha revolcado en estiércol de buey y se ha secado al sol del mediodía. Entre toda la multitud, se pueden juntar probablemente dos docenas de dientes y no reconocerían el estilo ni la gracia aunque les pegasen con ello en la cara. Se ríen de los chistes más inútiles y parecen satisfechos cuando, en contra de toda lógica, toda la acción de la obra se resuelve con una boda al final y todos los personajes viven felices para siempre.

¡Y las mujeres! Solo las mujeres de la más cuestionable reputación van al teatro, y puedo decirles que no van por el espectáculo. No, hijo mío (*hace la señal de la cruz*), van a buscar negocios propios... No importa que tengan a saber qué enfermedad, ni que probablemente se bañen poco más que los neandertales a los que intentan conquistar; ¡es probable que estas hijas de Eva también les roben la cartera y les susurren desagradables tonterías en esos grandes abismos que llaman oídos!

Se ha llegado a esta situación porque los dramaturgos de hoy en día también escriben para el vulgo. Ya no les importan las antiguas unidades de tiempo, espacio y acción. ¡No les importan!

PADRE PÉREZ. Estoy de acuerdo, su Ilustrísima. Las obras deberían servir de reflejo de la vida humana y dar ejemplo de las formas e imágenes de una sociedad humilde y devota. Las obras de hoy en día son espejo de la estupidez y de acciones absurdas, ingenuas y lujuriosas. Aunque supongo que esos dramaturgos también necesitan hacer dinero e, incluso si saben que están errando, tienen que escribir material que venda.

CANÓNIGO. He de decir que estoy de acuerdo, hijo mío. En realidad, tengo mis manos en una obra.

PADRE PÉREZ. ¿En serio, su Ilustrísima?

CANÓNIGO. Sí, es una historia de amor que trata de un caballero andante y su escudero, que se encuentran en varios aprietos muy graciosos. Al final, sin embargo, el caballero lucha contra un gigante y un dragón encantado y se casa con su amada. Además, resulta que su amada es la reina de una tierra lejana, así que se convierte en rey, y a su escudero se le concede el gobierno de una ínsula.

SANCHO. ¡Me gusta esa historia!

ESPERANZA. Basta de charla... Cuando los hombres se juntan, solo hablan, hablan y hablan, así todo el día. Tenemos que llevar a mi tío a casa.

CANÓNIGO. Sí, creo que eso sería lo mejor. Metedle en la cama, donde podáis echarle un ojo.

PADRE PÉREZ. ¡Adiós, su Ilustrísima! (*Hace una reverencia hasta el suelo mientras el CANÓNIGO y su séquito salen.*)

ESPERANZA. Vamos.

NARRADOR 3. Esperanza guio a su variopinta cuadrilla en la dirección correcta. El cura y el barbero, junto con el fiel Sancho y el valiente don Quijote de la Mancha, caminaron montaña abajo, camino a su pueblo. Para asegurarse de que don Quijote no les dejase otra vez, continuaron con el cuento del gigante que se dirigía a su pueblo y, en menos de un día, ya estaban de vuelta en casa. El viejo hombre fue directamente a la cama y parecía que, poco a poco, iba comprendiendo que era Alonso Quijano otra vez.



TERCERA ESCENA

La casa de DON QUIJOTE.

De vuelta en casa de DON QUIJOTE. Está echado en una cama en el fondo, dormido, y SANCHO, ESPERANZA, el PADRE PÉREZ y NICOLÁS están en primer plano, debatiendo sobre su estado.

SANCHO. Odio ver a mi amo de esta manera. Parece haber enfermado muy rápidamente. ¿Se va a morir?

PADRE PÉREZ. Todos vamos a morir, Sancho.

ESPERANZA. Lo que el padre Pérez quiere decir, Sancho, es que no creemos que sea letal. Puede ser que darse cuenta de que no es un caballero andante le haya paralizado debido a la humillación. No debemos exacerbar el problema haciéndole avergonzarse de ello. En realidad, no es culpa suya.

SANCHO. Ya veo. Supongo que yo también he sido el blanco de vuestras burlas por haber seguido al viejo loco en sus aventuras.

NICOLÁS y el PADRE PÉREZ ríen, pero paran inmediatamente cuando ESPERANZA los mira con seriedad.

ESPERANZA. Nunca, amigo mío. Me aseguraré de que nadie os haga sentir como un tonto. No podemos culpar a las personas que ven cosas que en realidad no están ahí, y tampoco debemos verlas como un entretenimiento. Siempre debemos tratar de ayudar donde se necesite nuestra ayuda. (*DON QUIJOTE se retuerce en su cama, pero los demás no se dan cuenta.*) Me alegra que hayamos podido traerlo a casa sano y salvo, y ojalá podamos sacarle de la cabeza la idea de que está destinado a ser otra cosa que no sea un hidalgo. (*DON QUIJOTE parece oír la conversación.*)

NICOLÁS. He de decir que, aunque respeto a don Alonso, ¡echaré de menos la compañía del famoso don Quijote de la Mancha!

La cabeza de DON QUIJOTE se sacude al escuchar su nombre; entran AMBICIÓN y OPORTUNIDAD. Como en el primer acto, el resto de los personajes no pueden verlas y don Quijote no les habla directamente.

AMBICIÓN. Levantaos, señor caballero, vuestro país necesita de vuestro arrojo.

DON QUIJOTE. (*Habla sin que el resto se dé cuenta.*) Mi país necesita mi valor, pues soy un caballero del reino.

OPORTUNIDAD. ¡El gigante se acerca! Esta es vuestra oportunidad para defender vuestro pueblo.

DON QUIJOTE. Mi pueblo necesita protección, pues el gigante viene a destruirnos.

SANCHO se vuelve al escuchar la voz de su señor.

AMBICIÓN. Vuestro trabajo está incompleto. ¡Salid otra vez y ganaos vuestra gloria!

DON QUIJOTE. La gloria será mía si parto una vez más. Mi trabajo aún no ha terminado.

SANCHO se acerca a DON QUIJOTE; nadie se da cuenta.

SANCHO. *(Tratando de susurrar para que nadie le oiga.)* Señor don Quijote, señor, ¿nos vamos en busca de una gran aventura?

DON QUIJOTE. Sancho, mi escudero, ¿eres tú? Sí, sí, el gigante está en camino y debemos defender nuestra casa.

AMBICIÓN. Su coraje ha resurgido y vivirá a la altura de su fama.

OPORTUNIDAD. El cura y el barbero están felicitándose a sí mismos por haberos traído a casa, y vuestra sobrina, Esperanza, está distraída por su agotamiento. Esta es vuestra oportunidad, ahora.

Salen AMBICIÓN y OPORTUNIDAD.

DON QUIJOTE. Ven, Sancho. *(Mira alrededor para asegurarse de que nadie les está mirando.)* Cabalgamos de nuevo.

SANCHO. *(Susurrando con emoción.)* Sí, señor. Don Quijote y Sancho Panza cabalgan de nuevo.

NARRADOR 3. Es difícil mantener a los idealistas en un lugar. *(Salen DON QUIJOTE y SANCHO.)* Don Quijote y su leal escudero, Sancho Panza, se escabulleron por la puerta trasera y a través de una de las falsas puertas de los establos, detrás de la hacienda. Se fueron para encontrar más aventuras y enmendar los errores del mundo. El problema con los soñadores es que nunca están con nosotros por mucho tiempo.

Mientras las luces se atenúan, ESPERANZA mira hacia atrás y se da cuenta de que su tío y SANCHO se han ido otra vez.

F I N

*Por los caminos de la Mancha: un cuento
quijotesco* se preparó para su edición
en el estudio de Pandiella y Ocio (Oviedo,
Asturias) el mes de octubre de 2021

Un lugar de la Mancha, julio de 1589. Dos misteriosos personajes, Ambición y Oportunidad, se presentan ante un anciano hidalgo para animarle a cumplir con un destino que él mismo ha creado: convertirse en caballero andante, a la manera de los protagonistas de las novelas que pueblan su biblioteca, y deambular por los caminos de la Mancha en busca de aventuras, impartiendo justicia y defendiendo a los necesitados.

Aaron M. Kahn se inspira en la primera parte de la novela de Cervantes para ofrecernos una obra teatral entretenida y cercana: Cardenio, Dorotea y Luscinda, Ginés de Pasamonte, Marcela o la sobrina de don Quijote son algunos de los personajes que acompañarán a la famosa pareja protagonista. El espectador actual descubre con ellos que sus aventuras y lo que el genial novelista planteó hace cuatro siglos no está tan alejado de nosotros como podríamos pensar.

Aaron M. Kahn (Sidney, 1976) es licenciado en Filología Hispánica y doctor por la Universidad de Oxford, con una tesis sobre la ambigüedad política y dramática representada en *La Numancia* de Cervantes. Profesor titular de Español en la Universidad de Sussex desde 2008, siempre ha estado interesado por los temas cervantinos y del Siglo de Oro en general, como demuestra su reciente obra *The Oxford Handbook of Cervantes*. Lleva desde la niñez escribiendo cuentos y poemas, pero esta es su primera incursión en el mundo teatral: en 2019, el proyecto Q.Theatre le brindó la oportunidad de escribir y ver representada esta obra, que aparece ahora traducida al español.

ISBN 978-84-86375-47-8



9 788486 375478 >

www.lunadeabajo.com